ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

RABAGÁS

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

arreglada á la escena española

POR

ANTONIO ZAMORA



MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1885

ADICION AL CATÁLOGO GENERAL DE 1.° DE JUNIO DE 1884.

COMEDIAS Y DRAMAS.

Hombs.	Mujers.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á Administracion
3	2	A tomar baños-j. o. v.	1	D. José María Alvarez	Todo.
6	»	Buzon de peticiones-c. o. p.	1	Manuel Ramos	»
»	»	Cólera vostras	1	Eduardo Aulés	»
»	»	¡Cómo se pasa la vida! *monól.°*	1	A. Llanos	» (1)
»	»	Conspiracion femenina	1	Sres. Jaques y Rubio	»
»	»	De la quinta al sétimo	1	D. Ramon de Marsal	»
2	1	Dos suicidas-c. o. p	1	Angel del Palacio	»
»	»	El amigo frito	1	Felipe Perez y Gonzalez	»
2	3	El novio de doña Inés-j. o. v. y p	1	Javier de Búrgos	»
6	1	El pillo y el caballero, *parodia*	1	Juan M. Eguilaz	»
»	»	Els microbios	1	Manuel Millás	»
3	2	En los baños de Ontaneda-j. o. v	1	José María Alvarez	»
3	1	Entrada por salida	1	Calisto Navarro	»
»	»	¡Felices Páscuas!	1	(Autor anónimo)	»
»	»	Géneros de punto	1	Pedro de Gorriz	»
»	»	La costilla de Perez	1	M. Ramos Carrion	»
2	2	La manzana-c. o. p	1	F. Perez y Gonzalez	»
»	»	La muerte de Lucrecia-t. o. v.	1	Leopoldo Cano	»
5	2	La partida de bautism-j. a. p.	1	Pedro de Gorriz	»
»	»	La Plaza Mayor en el dia de Noche-buena	1	Ramon de Marsal	»
»	»	Lo diari ho porta	1	Eduardo Aulés	»
5	1	Los Carvajales-d. o. v.	1	M. Martinez Barrionuevo	»
»	»	Los postres de la cena	1	Mariano Barranco	»
»	»	Lletra menuda	1	Eduardo Aulés	»
»	»	Musich pagat	1	Eduardo Aulés	»
3	»	Parada y fonda	1	Vital Aza	»
»	»	Pension de demoiselles	1	Vital Aza	Mitad
»	»	Pension de demoiselles, *música* (2)	1	Pablo Barbero	»
3	2	Política interior-c. o. p.	1	Francisco Flores García	Todo.
»	»	Remedio heróico	1	Eusebio Sierra	»
»	»	Retratos al viu	1	Manuel Millás	»
»	»	Una agencia de criaes	1	Manuel Millás	»
»	»	Un cambio de situacion	1	F. Perez y Gonzalez	»
»	»	Viruelas locas, *parodia*	1	F. Flores García	»
»	»	Ganar con creces	2	Juan N. Escobar	»
3	3	Corazon de hombre	3	Pedro Novo y Colson	»
7	3	El amigo Fritz-c. t. p.	3	Luis Valdes	»
5	3	El desheredado	3	Valentin Gomez	»
»	»	La blusa	3	Antonio Zamora	»
»	»	Justicia del cielo	3	F. Barbero Garrido	Mitad.
8	3	Los frutos del error-d. o. v.	3	Pedro Castañer Casanovas	Todo.
»	»	Rabagás	3	Antonio Zamora	»
»	»	Sangre azul	3	Sres. Gorriz y Sanchez Castilla	»
»	»	San Sebastian, mártir	3	D. Vital Aza	»

(1) Este monólogo, devenga la *mitad* de los derechos de las comedias en un acto.
(2) Esta música, sin la que no podrá ejecutarse la obra, devenga separadamente una ter *parte* de los derechos de las comedias en un acto.

RABAGÁS.

Recuerdo cariñoso
a Dña Elvira [illegible]
su amigo
[illegible]

RABAGÁS

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

arreglada á ia escena española

POR

ANTONIO ZAMORA

Estrenada con extraordinario éxito en el Teatro de NOVEDADES
el dia 7 de Febrero de 1885

MADRID: 1885.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1.

PERSONAJES	ACTORES
Miss Eva	Sra. Hijosa.
Gabriela, princesa de Mónaco	Srta. Campini.
Mlle. de Turenne	» Alvarez.
Rabagás	Sres. Gonzalez.
El príncipe de Mónaco	» Morales.
Camerlin	» Zamacois.
Villaud	» García.
Robespierre	» Guzman.
Petroski	» Corcuera.
Andrés	» Venegas.
Cárlos	» Senisterra.
Brícoli, intendente de policía	» Verdier.
Sotoboyo, gobernador general	» Carrion.
Coronel de guardias	» Quintina.
Bigorro	» Salgado.
Gendarme	» Gardo.
Un mozo de café	» Piñeira.
Hombre 1.°	» Corcuera.
Hombre 2.°	» Perez.

Damas, Caballeros, Ugieres, Guardas y pueblo.

La escena se supone en Mónaco y en nuestros dias.

ACTO PRIMERO.

Un magnífico jardin. Estátuas, bancos. Un velador y sillas rústicas elegantes. Balaustrada al foro.

ESCENA PRIMERA.

BRICOLI y Guardas del jardin.—A poco CARLOS.

RIC. Os recomiendo la mayor vigilancia, sobre todo mientras su alteza permanezca en los jardines. (Á los criados, que se retiran por el foro derecha.)

ARL. Muy bien, señor Brícoli, más vale prevenir que castigar.

RIC. Llegais de Meuton, señor Conde?

ARL. Ahora mismo.

RIC. Y es cierto lo que se dice?

ARL. Positivo. Se nota en el pueblo alguna agitacion, resultado de los trabajos hechos por los revolucionarios.

RIC. Lo mismo está Mónaco. La osadía de los revoltosos llega hasta la provocacion. Todas las tardes hay que limpiar estos jardines, que aparecen llenos de inmundicias, echadas sin duda alguna por los agentes de la revolucion.

ARL. El Príncipe es muy bondadoso y quiere mucho á su pueblo, pero acabará por castigarle.

RIC. Su alteza.

ESCENA II.

DICHOS.—EL PRINCIPE.—SOTOBOYO.—LA PRINCESA GA- BRIELA.—MLLE. DE TURENNE.—Damas, caballeros y do Guardas.

PRINC. Ya de vuelta, señor Conde? Qué noticias m dais de Meuton?

CARL. Los informes que tienen las autoridades, y qu me han encargado trasmita á vuestra alteza son que se pretende turbar el órden. Se ha tomado las precauciones necesarias, y los revo tosos no conseguirán su intento.

PRINC. Y aquí qué sucede, señor gobernador?

SOT. Lo mismo, sobre poco más ó ménos, pero tam poco nos cogerán desprevenidos.

PRINC. Pues ved cómo burlan vuestra vigilancia. Aq teneis un número de un (Saca un periódico co caricaturas.) periódico clandestino que me h encontrado sobre mi mesa de noche. Mirad qu caricatura tan deliciosa.

GAB. Papá, eres tú ese del medio?

PRINC. Así parece, hija mia. Me representan en form de cordero, y estas fieras que me rodean, tiene la cara de los hombres que componen mi go bierno. Coronel, si no me equivoco, este tig debeis ser vos; la cara de este lobo tiene much parecido con la vuestra: verdad, mi querido go bernador? Y esta zorra que se arrastra á m piés, se os asemeja mucho, amigo Brícoli.

GAB. Verdad, papá, que aunque están muy feos, tie gracia el dibujo?

PRINC. No sé si estos señores opinarán como tú.

SOT. Esas caricaturas hacen reir en el primer m mento, pero suelen costar muchas lágrimas.

BRIC. Su publicacion es un delito. Traerle á estos s tios una desvergüenza sin límites. No crea señor, que se contentan con eso sólo los revo tosos; estos jardines abiertos al pueblo para recreo por la bondad de vuestra alteza, son o

jeto tambien de sus hazañas. Aquí vienen á destrozar las plantas, á cortar las flores, á romper estátuas; en una palabra, no respetan nada, ni nadie.

PRINC. No es lícito abusar de la bondad agena. Teneis razon. En buen hora que conspiren contra el órden de cosas instituido, porque lo hacen con su cuenta y riesgo· pero deben respetar mi domicilio, como yo respeto el suyo. Dad órden inmediatamente de que cierren todas las puertas de los jardines, escepto la principal, para que salgan por ella las personas que estén dentro, y qne sea detenido todo el que destruya cualquier objeto de palacio.

BRIC. Muy bien, señor.

SOT. Esa medida justísima, debia alcanzar tambien á los concurrentes de ese Café-Club, que tenemos enclavado dentro de estos jardines. En esa casa es donde se fraguan todos sus proyectos de sedicion.

PRINC. Ni mis antecesores ni yo hemos podido comprarla, y tenemos que sufrir con paciencia las impertinencias de ese vecino.

SOT. Es que además del Café y la redaccion de *El Descamisado*, que ya existían, han establecido un Club. Ese Camerlin, dueño del Café y redactor del periódico, le creo tambien autor, ó al ménos instigador, de todos los hechos vandálicos que se cometen en estos sitios.

PRINC. Si así lo creeis, haced entender á ese cafetero periodista, que si llega á confirmarse vuestra sospecha, se le cerrarán ambos establecimientos de un golpe.

SOT. Voy á dar la órden.

PRINC. Podeis retiraos, señores. Señor Conde, avisad á vuestro coronel, que deseo verle.

GAB. Y al mismo tiempo, Cárlos, decid á mi camarera que me traiga una manteleta.

ESCENA III.

EL PRINCIPE.—GABRIELA.

PRINC. Gabriela, por la centésima vez...

GAB. Ya sé lo que me vais á decir; que no llame á mi primo, Cárlos.

PRINC. Justamente.

GAB. Nos hemos criado juntos desde niños, por eso le tuteo. Ahora no sé por qué quereis que deje de hablarle con confianza. Todos los primos se tutean y se llaman por sus nombres propios.

PRINC. No todos. Entre las gentes de cierta clase, no te diré que no suceda eso... pero los príncipes...

GAB. Sabes que es muy fastidioso ser princesa?

PRINC. Y qué crees tú, que ser príncipe es muy divertido? Nosotros tenemos que vivir sujetos á otras reglas que el resto de los mortales.

GAB. Y eso nos sirve para algo?

PRINC. Pero, como nosotros no podemos cambiar nuestra manera de ser, porque nos lo impide la etiqueta... Y, á propósito, tú me llamas siempre en público papá, papaito...

GAB. Y qué, no es un nombre muy cariñoso?

PRINC. Y muy agradable; pero es más conveniente que me llames padre.

GAB. Bien, papaito!

PRINC. Me gusta!

GAB. Ya me iré acostumbrando.

PRINC. Qué hacemos respecto al nombramiento de camarera mayor?

GAB. No nombres á ninguna por ahora, tengo bastante con mis doncellas.

PRINC. Piénsalo bien, teniendo en cuenta tu rango. Y ya que por casualidad estamos solos, quiero decirte algo que te interesa mucho.

GAB. Qué? qué?

PRINC. Es necesario que pensemos en casarte.

GAB. Para qué?

PRINC. Para qué? Para lo que se casa generalmente todo el mundo!

GAB. Yo no tengo prisa.

PRINC. Mejor. Así tendremos más tiempo para la eleccion de candidato.

GAB. A ménos que quisieras casarme con alguno á quien yo quisiera mucho, mucho.

PRINC. Para contraer matrimonio los príncipes, no les hace falta quererse; basta solamente que su union convenga al interés político.

GAB. Y á mí, qué me importa eso?

PRINC. Lo creo. Pero como no tendrán en cuenta tu opinion para nada...

GAB. Muy bien. Pues no creo que le importe el asunto á nadie más que á mí.

PRINC. (Esta hija mia tiene unas ideas tan... Qué diablo, por qué no se ha de decir, tan razonables?) No te asustes, ya arreglaremos tu boda de la mejor manera posible.

GAB. Casarse contra su gusto!

PRINC. Los príncipes deben contraer matrimonio á gusto de su pueblo.

GAB. Papá... digo... padre mio! Conozco un jóven guapo, honrado, que tal vez...

PRINC. Hola, tienes ya candidato?

GAB. Desde niña.

PRINC. Desde niña? Quién es?

GAB. Mi primo Cárlos. Es miembro de una familia reinante, es sobrino tuyo...

PRINC. Te prohibo absolutamente que pienses en él.

GAB. Por qué?

PRINC. Porque ese enlace seria una locura.

GAB. Perdóneme vuestra alteza.

PRINC. No te incomodes, hija mia; vamos, dame un abrazo.

GAB. Bien, señor.

PRINC. No me dés ese nombre, sino el otro.

GAB. Papaito de mi vida!

PRINC. Ese es más dulce.

GAB. Y sale del fondo del alma.

PRINC. Mira, en público llámame padre ó señor, y entre nosotros...

GAB. Papá de mi alma!

PRINC. Eso es, hija mia.

ESCENA IV.

DICHOS.—CÁRLOS y dos doncellas.—A poco BRICOLI.—ANDRÉS.

CARL. El señor coronel ha salido de palacio, y se le ha mandado aviso de que vuestra alteza le esperaba.

PRINC. Muy bien.

CARL. Princesa... (Le da un abrigo.)

GAB. Gracias. (Papaito, oye una cosa. Te parece que en público le llame á mi primo Conde, y á solas Cárlos?)

PRINC. Gabriela...

GAB. (No te incomodes, papá; te obedeceré, te obedeceré.) Hasta luego. (Vase por el foro acompañada de sus doncellas.)

PRINC. Ocurre algo de nuevo, señor Brícoli?

BRIC. Acaban de cometer en el jardin otro atentado que no tiene calificativo. Le han roto tres dedos de la mano derecha á la hermosa estátua de Diana que está en el parque.

PRINC. Ignorantes!

BRIC. Los guardas siguen la pista al presunto reo y á una mujer que desde que ha entrado en el jardin está cortando rosas.

PRINC. Que detengan á toda persona que les parezca sospechosa. Acompañadme á ver el mal que han causado á mi pobre Diana. Señores... (Se van por el foro.)

AND. Qué lejos está de pensar el señor Brícoli, que así como él vigila los jardines de dia, yo los vigilo de noche.

CARL. Tú?

AND. Sí; para que no te sorprendan á tí.

CARL. A mí?

AND. Cárlos, desde que teníamos quince años, hemo partido como hermanos deudas y dinero, casa

criados, penas y alegrías. Tú, como sobrino de su alteza, fuiste nombrado capitan de su guardia; yo, por no separarme de tí, solicité y obtuve mi pase al mismo regimiento en calidad de teniente.

CARL. Por qué me dices todo eso?

AND. Para probarte que soy un verdadero amigo tuyo, y que á un amigo no se le debe ocultar nada.

CARL. Y nada te oculto.

AND. Crees que han pasado desapercibidas para mí tus salidas nocturnas, á pesar de tus precauciones?

CARL. Es verdad que he salido de noche, pero sin objeto.

AND. Te repito que sé dónde vas.

CARL. A dónde?

AND. Aquí. Todas las noches te veo entrar en estos jardines por la puerta pequeña que da al campo; luego sigues la tapia y te detienes al pié de la ventana de quien no hace falta nombrar.

CARL. No pienses nada malo.

AND. Conozco su virtud, pero su reputacion peligraría si alguien te viese hablar con ella á las altas horas de la noche. Además, si el Príncipe se enterara, tendria razon para castigarte.

CARL. Ella ha sido mi primer amor; su madre manifestaba á todo el mundo su deseo de unirnos. Ahora no conviene al Príncipe nuestro matrimonio por la razon de Estado, y se intenta romper los lazos que formó la voluntad: se equivocan; nadie nos separará. No me dejan hablarla de dia, la hablo de noche. Me atacan y me defiendo. Nada más natural.

AND. Calla, calla, loco! El Príncipe.

ESCENA V.

DICHOS.—EL PRÍNCIPE.—BRÍCOLI.—A poco MISS EVA y dos Guardas.

PRINC. Conque han detenido á la culpable?

BRIC. Sí señor. Ahora mismo la conducirán los Guardas á la presencia de vuestra alteza.

PRINC. Bueno.

BRIC. Parece una mujer de clase... tiene un aire distinguido...

PRINC. Eso no importa. Mejor.

BRIC. Aquí la teneis.

EVA. Pero, por Dios, teneis valor para prenderme por haber cortado unas cuantas rosas?

PRINC. No me equivoco.

EVA. Ea, arreglémonos: cuánto quereis por estas flores?

PRINC. Miss Blunch. (Saludándola.)

EVA. Dios mio!

PRINC. Esas flores valen un mundo, porque me han proporcionado el gusto de volver á veros.

EVA. (Ay! ay! ay!)

PRINC. En castigo de vuestro delito, quedais condenada á cojer todas las de estos jardines, durante vuestra vida. Señores... (Hace seña de que se retiren todos.)

ESCENA VI.

EL PRINCIPE.—MISS EVA.

PRINC. No os podeis imaginar la satisfaccion que siento al volveros á ver. Desde que nos separamos en París hace dos años, este es el único momento de alegría que he tenido. Creedme.

EVA. Tambien yo me alegro infinito de poder estrechar vuestra mano, como la de un verdadero amigo.

PRINC. Conque estábais en Mónaco, en mi propia casa, y no pensábais visitarme?

EVA. He llegado al medio dia en el tren de Génova, y pensaba marcharme esta noche á París.

PRINC. Jamás os hubiera perdonado vuestro desvío.

EVA. Tal vez las demasiadas atenciones que me tuvísteis en París sean la causa de él.

PRINC. Allí os ví por vez primera en la Embajada de

Inglaterra, con vuestro marido. Pobre Mister Blunch!

EVA. Diez y ocho meses hace que murió en Nápoles y no podia resolverme á dejar aquella ciudad porque me parecia que allí se quedaba todo mi pasado.

PRÍNC. Y hubiérais tenido valor para cruzar mis Estados sin verme siquiera?

EVA. No. Por cierto que me han parecido encantadores.

PRINC. Sí lo serán, pero yo me muero de fastidio en ellos.

EVA. De veras os aburrís?

PRINC. Atrozmente. Creeis que un hombre como yo, educado en París, que ha frecuentado aquella sociedad, entusiasta de las artes y de las letras, fanático por la música y la pintura, puede resignarse á vivir sin voluntad y sin iniciativa, siendo el juguete de cuatro ambiciosos?

EVA. Y vuestra hija?

PRINC. Sin ella me hubiera matado ya el fastidio.

EVA. Y no encontrareis un gran placer en regir los destinos de vuestro país?

PRINC. No hablemos de política.

EVA. Al contrario, como mujer de un Embajador no he oido hablar de otra cosa y la tengo cariño. Es muy complicado el Gobierno de Mónaco?

PRINC. Nada más sencillo. Aquí no hay ni Ministerio ni Cámaras. La Administracion civil y militar está á cargo de un Gobernador general. Yo soy un soberano en miniatura. Vivo colocado entre dos vecinos muy gordos que no se tragan mis Estados, gracias á la casi perfecta igualdad de su fuerza. Tengo una guarnicion italiana en Menton para protegerme, segun el tratado de 1817, y que me abandonará cuando le convenga.

EVA. Lo creo.

PRINC. Cuando sucedí en el Principado á mi hermano Honorio V, mi primer pensamiento fué dotar á mi pueblo de buenas leyes, realizar reformas útiles, implantar la verdadera libertad; en una

palabra, conducirle por el camino del progreso, suprimiendo monopolios y moralizando la administracion. Tuve que abandonar mi propósito, porque todos me censuraban y todos estaban descontentos.

EVA. Naturalmente.

PRINC. Llegó la célebre cuestion de las aceitunas, y allí fué Troya.

EVA. Por las aceitunas?

PRINC. Dispensadme Os estoy fastidiando, contándoos tonterías.

EVA. Al contrario, me interesan mucho esos detalles íntimos de los pueblos.

PRINC. Entonces sigo. La verdadera riqueza de est país la constituyen las aceitunas, mejor dich el aceite. Pero se fabricaba de una manera de testable, porque se empleaba un sistema anti guo, usando las mismas máquinas que en tiem po de Adan. Lleno de buen deseo y queriend proteger esta industria, mandé comprar en Lón dres dos magníficos molinos, dotados con un maquinaria admirable. Lo mejor de lo mejor; l última palabra de la ciencia. Invito á los labra dores é industriales, á que mandaran sus aceitu nas para molerlas. Todos protestaron, alegand que lo que se intentaba era una arbitrariedad Mandé que se les compraran las aceitunas par molerlas por cuenta del Estado y se armó u clamoreo espantoso, diciendo que aquello era mopopolio. Desmonto los molinos y dejo l cosas como estaban, y entonces dijeron que e un rutinario.

EVA. Es posible?

PRINC. Desde esa fecha, existe entre mi pueblo y una lucha sorda, que nos ha conducido á un e tado de hostilidad insostenible.

EVA. Qué ignorancia!

PRINC. Imagináos un matrimonio de esos que cuan el marido dice negro, la mujer dice blanco, viven en contínua lucha: pues así vivimos pueblo y yo Me presento en paseo; soy un ho gazan. No me presento, tengo miedo á sal

Doy un baile, insulto al pobre con mi lujo. No le doy, soy un avaro. Hay gran parada, lo hago para intimidar. No hay ninguna, abandono el espíritu militar. Mando hacer fiestas, gasto el dinero del pueblo. No se hace ninguna, el pueblo no se divierte nunca. En una palabra; yo no puedo comer, ni dormir, ni pasearme. Todo cuanto yo hago es malo, y todo lo que dejo de hacer es peor.

EVA. Realmente es insufrible.

PRINC. Creedme, el oficio de rey es mucho más fastidioso de lo que parece.

EVA. Tambien tendreis amigos.

PRINC. La clase media; pero á esta clase nada le divierte, ni la entretiene tanto como hablar mal del Gobierno, sea el que quiera. De cuándo en cuándo, tambien da sus golpecitos, para contribuir á la demolicion del edificio social: afortunadamente, cuando reflexiona, se detiene, pensando que si se desplomara ella será la primera víctima. Este país, como casi todos, no conocen mas que dos procedimientos: ó la rutina de escuela, ó los sueños de los utopistas.

EVA. Y estais tranquilo?

PRINC. No puedo hacer otra cosa. Mirad, veis aquella casa que está situada dentro de mi mismo jardin?

EVA. Sí.

PRINC. Allí existe el volcan que hará volar todo esto.

EVA. Es posible?

PRINC. En esa casa hay un Café-Club; allí se inventa, se calumnia, se conspira; allí se van amontonando materias explosivas, y el dia menos pensado, aquello, matará á esto.

EVA. Tanta fuerza tiene ese Club?

PRINC. Eso no es un Club, es una nacion, es el nuevo mundo. Ay! Perdonadme Miss! Me habia olvidado que hablaba con una ciudadana de la libre América, que funda su mayor orgullo en ser republicana.

EVA. Allí sí, aquí no. En Europa, la mayoría de las

gentes, entienden la libertad de un modo que á nosotros nos asusta y á ellos les honra poco.

PRINC. Teneis razon, ciudadana. Presentada la libertad por sus ilustres oradores, vestida con las más brillantes flores de un idioma, con todas las bellezas del idealismo, enseñando al pueblo sus derechos, parece hermosa; pero cuando se le exije que cumpla sus deberes, comete tales actos, que sus más amigos la desconocen, y acaban por matarla. Aquí la libertad está representada por un tal Rabagás, hombre de talento, simpático, instruido, gran orador; su palabra electriza, pero á su alrededor se agrupan banqueros quebrados, abogados sin pleitos, médicos sin enfermos, algunos utopistas, no pocos tontos y muchos canallas. Esos pretenden en Mónaco representar el progreso y la libertad...

EVA. Y el jefe de ese partido, se llama Rabagás?

PRINC. Sí. Y es más fuerte que yo. El tiene su policía, su prensa, sus cortesanos y su ejército.

EVA. Tambien vuestra alteza le tiene.

PRINC. Segun el tratado de 1817, cuarenta soldados y otros tantos gendarmes.

EVA. Pocos son...

PRINC. Sobran. Os lo digo francamente; yo no amo el poder, procuraré conservarle mientras creo que puedo ser útil á mi pueblo, ya corrigiendo abusos, ya reformando lo malo; pero si me hostigan mucho esos voceadores del progreso, y me convenzo que no quieren la verdadera libertad... les dejo el campo libre... y que impere la licencia... hago mi maleta... y aparece Mónaco republicano y Rabagás presidente.

EVA. El Príncipe que no afronta los peligros, es indigno de serlo.

PRINC. Eso creia yo; pero la historia me asusta. Atenas y Roma concluyeron á manos de los trabajadores de la lengua; donde acaba el hombre de accion, empieza el retórico. La hora de los grandes discursos es la de las acciones pequeñas. Mientras en Bizancio discutian advervios,

los turcos se apoderaron de aquel imperio, porque obraban en vez de hablar.

ESCENA VII.

DICHOS.—BRÍCOLI.—A poco CAMERLIN.

BRIC. Perdóneme su alteza si le interrumpo. El señor Camerlín, el dueño del Café Rojo, desea hablar con urgencia á vuestra alteza.

?RINC. Que entre. Ahora vais á oir á uno de los más amigos de Rabagás y podreis apreciar la especie.

)AM. (Entra precedido de Brícoli. Este se retira.) Ciu..... Monseñor!

?RINC. (Creí que me lo llamaba.) Sentáos, señor de Camerlín. Sentáos y decid lo que quereis.

AM. Gracias. Vengo á poner en conocimiento de su alteza que los agentes de su autoridad acaban de invadir mi casa.

RINC. Invadir? Cuántos han entrado en ella?

AM. Dos.

RINC. Ah! Dos?

AM. Amenazándome con cerrar los establecimientos donde ejerzo mis industrias para ganarme el pan honradamente, lo cual no todos pueden decir.

RINC. No direis eso por mí, verdad?

AM. No, señor.

RINC. Gracias.

AM. Lo digo por las personas que os rodean.

RINC. Ellos ejercen su oficio como vos el vuestro. Vos no vendereis siempre buen café y ellos no dan siempre buenos consejos. Es necesario ser tolerante y dejar que vivan todos.

AM. Pero que no se ocupen de lo que se hace en la casa del vecino.

RINC. No lo haceis vos?

AM. Yo?

RINC. Más de una vez lo intentais en *El Descamisado.*

AM. Lo hago como periodista, no como cafetero, y

estoy en mi perfecto derecho. Esa es la libertad de imprenta.

PRINC. Estais seguro que esa es la libertad?

CAM. Y tanto. En fin; repito que no me quejo como periodista, sino como cafetero. Han venido á prohibirme hasta que cante en mi casa.

PRINC. No. Os habrán prohibido que canteis canciones subversivas, en las cuales me insultais á mí y á mi Gobierno.

CAM. Nosotros censuramos al Gobierno, lo cual no constituye un delito.

PRINC. Si la censura se hace decorosamente, no. Pero cuando se insulta, cuando se apela á todo género de recursos para mortificar al prójimo, ya e otra cosa. Qué diríais vos si yo os rompiera lo efectos de vuestra casa, si yo os lo destrozas todo, si no os dejara vivir ni descansar? Cree ríais que ejercitaba un derecho?

CAM. Perdone vuestra alteza. No admito esa compara cion. Yo soy un particular y vuestra alteza e Gobierno, lo cual no es lo mismo.

PRINC. Ah! Conque porque yo sea Gobierno, tenei derecho para insultarme y no respetar ni aun m casa?

CAM. Naturalmente. Así se hace la oposicion.

PRINC. Injusta.

CAM. Cada uno hace la que puede. Ese es el incon veniente de las falsas situaciones, y vuestra al teza, perdóneme que se lo diga, está colocad en una muy falsa.

PRINC. De veras, eh?

CAM. Indudablemente. Nadie se atreve á decirle verdad á su alteza, pero la opinion del pueblo que le estorbais, y el mejor dia os sorprende con una revolucion.

PRINC. Y para qué quieren hacerla?

CAM. Para qué? Para lo que la han hecho casi tod los pueblos... Mónaco necesita tambien hacer suya.

PRINC. Con qué fin?

CAM. Con el de acabar con todos los abusos.

PRINC. Pero cuales?

AM. En primer término hay que suprimir el ejército, porque cuesta muy caro.

RINC. Un ejército compuesto de cien hombres?

AM. Esos brazos le hacen falta á la agricultura. Con la Milicia Nacional basta.

RINC. Ya la tuve en el nombre y no sirvió para nada, porque ninguno de sus indivíduos quería hacer servicio

AM. Los ciudadanos son libres para hacer guardias cuando quieran. Y no discutamos. Su alteza habla como Príncipe, yo como ciudadano; de modo que nunca llegaremos á entendernos.

RINC. Lo creo.

AM. Hé aquí, en resúmen, el objeto de mi venida: no me conviene que se cierre mi establecimiento, y tengo el honor de avisar á su alteza, que si lo hacen habrá jarana y gorda en Mónaco.

RINC. Notad que me estais amenazando.

AM. Conque soy yo el que falta, soy yo el exigente.

RINC. No nos incomodemos.

AM. Creeis que yo tiemblo ante la tiranía?

RINC. Vuestra suerte es que yo soy el tirano. Porque si en este momento fuera no más que un simple particular, ya os habría tirado por la barandilla. Ea, señor Camerlin, seamos juiciosos y démonos por advertidos.

AM. Corriente. Buenas tardes, Príncipe.

RINC. Buenas tardes, ciudadano.

ESCENA VIII.

. PRINCIPE.—MISS EVA.—A poco BRÍCOLI.—EL CORONEL y SOTOBOYO.

VA. Y hay aquí muchos liberales como éste?

RINC. Bastantes.

OR. Su alteza me llamaba?

RINC. Sí. Quería saber si estábais al corriente de lo que pasa en Meuton.

OR. Estoy informado de todo y he tomado las medidas necesarias para evitar una asonada.

RINC. Me han asegurado que existe mucha agitacion

en aquella villa, lo cual prueba que Rabagá quiere ya darnos la batalla.

BRIC. Rabagás está en Niza, ocupado con un proce criminal.

PRINC. Ah!

BRIC. Mañana debe llegar.

COR. Si vuestra alteza me permitiera darle un cor sejo...

PRINC. Con mucho gusto.

COR. Pues no debe darse ni un momento más trégua á esos revoltosos. Yo me atrevo á ahora mismo á ese café-club, ó lo que sea, tirarles todos los títeres por el balcon, arrasarl la casa, y muerto el perro se acabó la rabia.

PRINC. Qué os parece el consejo, señor Gobernador?

SOT. Muy bueno. Además, yo les daria una carga caballería.

PRINC. Y para qué, si al ver los soldados se quedari las calles desiertas.

SOT. Las cargas de caballería son siempre de bu efecto.

PRINC. Sepamos vuestra opinion, señor Brícoli.

BRIC. Que yo, á pesar de todo eso, los prendería todos.

PRINC. (Ya conoceis el sistema conservador.) Conq creeis que es necesario emplear la violencia toda costa?

SOT. Aun estamos á tiempo.

PRINC. Conque prisiones, cargas de caballería, derr mamiento de sangre? (Miss, os convencere que es mejor mi opinion? La maleta?)

EVA. (Huir?)

PRINC. (Entre un entresuelito en París, y esto, prefie vivir tranquilo.)

EVA. (Abdicar? Pues qué, se puede abdicar honrad mente?)

PRINC. (Cómo se conoce que estais educada en Am rica!)

EVA. (No, es que yo no os comprendo huyendo d lante de Rabagás Todo ménos el ridículo.)

PRINC. Cedo el paso á la libertad... al progreso.

EVA. El verdadero progreso y la verdadera libe

tad de Mónaco es V. A. Figuráos una República compuesta como el cafetero. Horror! Todo, antes que eso. Amo demasiado la libertad, para quererla ver en manos de ningun republicano que se le parezca á ese.

PRINC. No hay otro remedio.

EVA. Alguno habrá. (Se oye en direccion á donde se supone que está el café, una charanga y voces cantando la Marsellesa.)

PRINC. Qué música es esa?

SOT. La del Club-Rojo, que nos vuelve á provocar con sus canciones subversivas.

PRINC. Teneis razon, que es insoportable su audacia. Coronel, mandad que monte á caballo á vuestro regimiento.

EVA. Reflexionad lo que vais á hacer.

PRINC. Escarmentar á esos perturbadores del sosiego público.

EVA. Lo considero una locura.

PRINC. Y qué hago?

EVA. Castigarlos, pero de otro modo.

PRINC. La política no cuenta con muchos recursos.

EVA. Se inventan.

PRINC. Por quién?

EVA. Yo no lo sé... sé que en el mundo todo marcha hácia el progreso, y la política no ha de ser la excepcion. Por instinto, por educacion, me son repulsivos esos medios de gobernar. Prender, atropellar gente, eso es horrible. A mí me pareceria mucho mejor desbaratar los planes de ese saltimbanco político, embrollándole los cubiletes para que le saliera mal el juego. Eso seria más hábil. En vez de abordarle de frente, darle la vuelta.

PRINC. Entendido, no quemarle la pólvora...

EVA. No; mojársela.

PRINC. Corriente. Hagamos política femenina, pero sed vos la directora.

EVA. Jesús, qué locura!

PRINC. No tanto. Vos conoceis la situacion de las cosas, sois ajena á ellas y podeis verlas con más claridad que yo.

EVA. Os burlais de mí?

PRINC. No, ciertamente. Si me abandonais, es posible que cometa algun acto que me perjudique. Mi suerte está en vuestras manos, y si perdiera mis Estados, sé que tendría un profundo sentimiento.

EVA. Y quereis que yo cargue con la responsabilidad de cosas tan graves... yo, una pobre mujer?

PRINC. De gran talento, de gran corazon, de gran conocimiento del mundo.

EVA. Y tendré que quedarme aquí por algun tiempo?

PRINC. Os quedareis en palacio.

EVA. Eso es ya demasiado. Reflexionad que yo no tengo ningun título para merecer tal distincion.

PRINC. Ya lo teneis. Desde este momento os nombro camarera mayor de mi hija.

EVA. Así, sin más ni más?

PRINC. El puesto está vacante. No puedo daros mayor prueba de confianza que entregándoos mi hija.

EVA. Héme otra vez metida en medio de la política.

PRINC. Aquí viene mi hija. Nunca más á tiempo.

ESCENA IX.

DICHOS.—GABRIELA y dos damas.

PRINC. Gabriela, tengo el placer de presentarte á tu nueva camarera mayor, Miss Blunch, antigua amiga mia, á quien he tenido á bien confiar tan importante cargo.

GAB. Tengo en ello un verdadero placer.

EVA. Princesa.

PRINC. La noche se acerca, retirémonos á palacio. Señores, por hoy quedan en suspenso la ejecucion de vuestros planes. (Suena de nuevo la Marsellesa.) Los vecinos siguen con la misma música.

EVA. No importa. Dejadlos chillar. Por algo se ha dicho: «La música las fieras domestica.»

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La escena representa la redaccion del periódico «El Descamisado,» una mampara al foro. Sobre la puerta un letrero en una tira de papel con letras grandes de imprenta donde se lee: «Dios-cincuenta céntimos.» Puerta á la derecha, y otro rótulo sobre ella que diga: «Imprenta.» Ventana á la izquierda. En el centro de la escena, una gran mesa; sobre ella, tinteros, bòtes de gomas, tigeras, periódicos, etc. En las paredes algun mapa ó cuadro grande, y puestos en cuerdas muchos periódicos, en la forma que se colocan en las redacciones.

ESCENA PRIMERA.

CAMERLIN.—UN MOZO DE CAFÉ, á poco BIGORRO.

CAM. Prepara un buen almuerzo para el ciudadano Rabagás que no tardará en venir.

MOZO. Está bien.

BIG. Buenos dias.

CAM. Qué se os ofrece?

BIG. Ante todo, perdonad mi atrevimiento; soy escultor, me llamo Bigorro; me han dicho que el ilustre Rabagás vendria aquí desde el ferro-carril, y desearia poder verle de cerca para modelar su busto.

CAM. Buena idea, os recomendaré á él. Pasad adelante. Yo le trato como á un hermano; soy el due-

ño de este establecimiento y redactor del periódico; mi nombre os será conocido, soy Camerlin.

BIG. Ah! Camerlin... sí. Hé oido decir que sois uno de nuestros primeros revolucionarios.

CAM. El número uno, y propagandista de las buenas ideas como nadie. Y esto os lo probará. Cuando tomé este café, sólo se vendian en él ocho ó diez duros al dia; empecé á hablar mal del Gobierno y así me atraje á mis amigos los demócratas, y hoy se recaudan ochenta ó cien duros. Seré yo liberal? Abajo tengo el café, aquí en el principal la Redaccion y la imprenta; de modo que en esta casa se discute por todas partes y por todas partes se grita, y cuanto más se grita más se bebe, y cuanto más se bebe... más se bebe. Lo único malo de la casa es que está situada dentro de los mismos jardines de ese Valentinois, que tiene la pretension de querer luchar conmigo.

BIG. Es un imbécil.

CAM. Ayer tuve con él una entrevista y le dije cuántas eran cinco.

BIG. Y qué?

CAM. Nada. Me dió un cigarro.

BIG De miedo.

CAM. Todos los tiranos tiemblan cuando se ven enfrente de un carácter.

ESCENA II.

DICHOS.—VILLAUD.

VILL. Salud, ciudadanos.

CAM. Aquí teneis al hermano Villaud, redactor de *El Descamisado* y entusiasta del gran hombre.

VILL. Quién es el gran hombre?

CAM. Rabagás.

VILL. Gran hombre, gran hombre. Lo que hace es hablar mucho.

BIG. Es un Mirabeau.

VILL. Los grandes hombres estorban en los pueblos libres, porque son un atentado á la igualdad.

CAM. Villaud, te presento al ciudadano Bigorro, escultor.

VILL. Mal oficio habeis elegido; la escultura, como todas las Bellas Artes, son inútiles en las repúblicas.

BIG. Por qué?

VILL. Porque solo producen hombres pintados ó de piedra, y esos no sirven para nada. Los pueblos necesitan hombres que dén á su pátria hijos robustos de carne y hueso, para que puedan defender su libertad.

BIG. Y la estátua de un héroe?

VILL. No sirve más que para recordar los palacios de los reyes.

(Voces dentro.) Viva Rabagás! Viva Rabagás!

CAM. Ya está ahí.

ESCENA III.

DICHOS.—RABAGÁS.—Hombres del pueblo. Algunos con algun taco de billar en la mano, en mangas de camisa.

HOMB. 1.° Viva Rabagás!

TODOS. Viva!

RAB. Gracias, amigos mios, gracias.

HOMB. 2.° Que hable! Que hable!

RAB. Ciudadanos...

HOMB. 1.° Bravo!

TODOS. Viva!

HOMB. 2.° Que se suba sobre la mesa.

TODOS. Que se suba! Que se suba!

OTROS. Que hable!

RAB. (Desde la mesa.) Ciudadanos...

HOMB. 1.° Silencio!

HOMB. 2.° Callarse!

OTROS. Orden! Orden!

RAB. Todos sabeis que vengo de la Audiencia de Niza, de disputarle una presa al verdugo, la cabeza de vuestro valiente correligionario Simon Brin...

UNOS. Silencio!

OTROS. Orden!

RAB. Hijo de un asesino... miembro desheredado de la sociedad... ha crecido, como es natural, con instintos feroces y sanguinarios. Simon tenia derecho á mi defensa. La justicia queria encontrar en él un criminal; yo he probado que era una víctima. Qué importa que Simon matara á golpes á un anciano? El verdadero autor del hecho no es él, sino la naturaleza, que le dotó al nacer de instintos sanguinarios.

HOMB. 1.° Bravo! Bravo!

UNO. Silencio!

RAB. Y quién era su víctima? Un guardia rural, un agente de la autoridad, un hombre que empleaba su vida en vigilar á los demás. Por lo tanto aquel hecho no constituye un delito comun, sino político, lo cual atenúa su crímen, si crímen hubiera sido; porque el que asesina á un guarda revestido de autoridad, no mata á un hombre, mata á un principio.

UNOS. Eso es!

OTROS. Verdad!

OTROS. Silencio!

RAB. Así lo ha entendido el tribunal, y Simon será absuelto.

UNO. Bien!

RAB. Y este triunfo, ciudadanos, no se debe á mi escasa elocuencia, sino á la fuerza de nuestras invencibles ideas, por cuyo triunfo derramaremos hasta la última gota de nuestra sangre.

UNOS. Sí, sí!

OTROS. Viva Rabagás!

RAB. Gracias, hermanos mios... mi emocion... (Bajo Camerlin.) (Llévate ya de aquí á estos animales, mira que estoy muerto de cansancio y de hambre.)

CAM. Ciudadanos, el grande hombre está muy fatigado y necesita reposo.

HOMB. 1.° El padre del pueblo no debe descansar.

RAB. (Bárbaro!)

CAM. Al contrario, debe reparar sus fuerzas para combatir sin tregua á la tiranía.

UNOS. Sí, sí!

HOMB. 2.º Dame esa mano, y viva la República!

HOMB. 1.º Dame un abrazo y cuenta con la sangre de mis hijos.

RAB. Gracias! Gracias!

HOMB. 1.º Viva Rabagás!

TODOS. Viva!

HOMB. 2.º Y viva el pueblo!

TODOS. Viva!

ESCENA IV.

RABAGÁS.—CAMERLIN.—VILLAUD.—EL MOZO DE CAFÉ á su tiempo.

VILL. Buen triunfo has conseguido! Estará satisfecho.

RAB. Camerlin, haz que me den de almorzar.

CAM. Ya tienes el almuerzo preparado.

RAB. Vuelven otra vez?

CAM. No; ahora estarán bebiendo en el café! Camarero!

MOZO. Qué ocurre?

CAM. Sube el almuerzo al ciudadano Rabagás.

MOZO. Al momento.

CAM. Cuéntanos qué has hecho. Encontraste á nuestro hombre?

RAB. Sí. Abajo estará. Es el general que nos hacia falta.

CAM. } Sí?
VILL. }

RAB. Me fué á buscar á la fonda, y comiendo arreglamos la fusion, porque, como sabeis, sin fusion no conseguiríamos el poder.

CAM. De seguro.

RAB. Callá! (Al entrar el Mozo cambia de conversacion, y éste coloca en la mesa de la redaccion el almuerzo de Rabagás y se lo sirve. Oportunamente se lleva todos los efectos.) Habeis acabado el número de esta noche?

VILL. No, porque he llegado momentos antes que tú.

RAB. Cuando acabe de almorzar te ayudaré. (Villaud

se sienta.) Y qué novedades tenemos? (A Camerlin.)

CAM. Que el Valentinois ha prohibido la entrada al pueblo en sus jardines. Que han venido á prevenirme que me van á cerrar el café y la imprenta. En cuanto me dieron el aviso fuí á ver al tirano y le dije cuatro frescas, y para probarle el caso que hacia de él, mandé traer una música, y toda la noche la hemos pasado tocando y cantando la *Marsellesa*, con la letra que tú hiciste. Además, esta madrugada, estaba Guilló hablando de estas cosas con Rapiat, que habia bebido cuatro copas de más, y apostó á que él entraba en los jardines de Palacio á aquella hora y ponia un número de *La Bomba* en el balcon del Príncipe, y dicho y hecho, cogió una escalera, la colocó en la tapia del jardin, al lado de la puerta que da al campo; de pronto sale por ella un hombre embozado, da un puntapié á la escalera y cae de bruces el buen Rapiat. Los amigos que le habian seguido de lejos, al oir sus gritos, se acercaron al lugar de la ocurrencia, le trajeron aquí, y arriba le tienes que aún no ha vuelto en sí de la borrachera ó del golpe.

RAB. Podemos sacar gran partido de esa noticia. Villaud, haz un suelto dando cuenta, como tú sabes hacerlo, de esa aventura nocturna y pónla por epígrafe «Los jardines de Palacio.»

VILL. Lo haré. A ver qué te parece éste: «Direccion de las Huelgas.» La Junta Directiva tiene el gusto de someter á la aprobacion de sus compañeros las siguientes conclusiones. Las horas de trabajo quedan reducidas á ocho, en vez de las diez que hoy se emplean. De estas ocho se concederán tres para reposo del obrero. Por consiguiente, queda reducido el trabajo á cinco horas al dia, que se pagará como si se trabajaran diez.

RAB. Muy bien.

CAM. En eso no tendrán nada que ver los mozos de café? (A Villaud.)

VILL. No. El domingo, que desde tiempo inmemorial se contaba como dia de descanso, debe emplearse en divertirse, considerándole como dia de trabajo; el lunes se dedicará al reposo del anterior y ambos se pagarán como los demás de la semana. Respecto á los jueves, daremos oportunamente nuestra opinion.

RAB. Ese suelto dará sus resultados. Hay alguna carta?

VILL. Sí; una de un soldado.

RAB. Léela.

VILL. «Director de *El Descamisado.* Ciudadano: Le suplico me contestes por medio de tu ilustrado periódico á la siguiente pregunta: Debo yo obedecer las órdenes que me dé el sargento de mi compañía?»

CAM. En ningun caso. Ah! toma esa noticia que me ha traido un amigo.

VILL. «Ayer á las once de la mañana se verificó el entierro de la ciudadana María Lalan: su esposo pronunció en el cementerio una oracion fúnebre nutrida de ideas materialistas que entusiasmaron á los concurrentes. Aseguró con una conviccion profunda que estaba seguro de no volver á ver á su mujer ni en este mundo ni en el otro y que la perdia de vista para siempre.»

CAM. Ya hay bastante original para hoy.

RAB. Has publicado la lista de la suscricion de la ciudadana Bagu?

VILL. No, pero lo haré ahora mismo, me falta sólo el encabezamiento. (Escribiendo.) Suscricion á favor de la ciudadana Bagu, para comprarla una res de cerda, en reemplazo de la que le aplastó el coche del Príncipe de Mónaco.

CAM. Escribe con propiedad; pon cerdo, para que lo entiendan mejor.

VILL. Corriente.

RAB. A cuánto asciende la suma?

VILL. (Leyendo un papel que se supone ser la lista.) A cuarenta y siete francos.—Voy á llevar este original al regente. (Se entra por la primera puerta izquierda.)

RAB. Ocúpate tú de redactar una proclama, y esta noche que se reparta con profusion, lo mismo que el número de *La Bomba*.

VILL. Camerlin, hazme el favor de entrar á ver si convences al regente para que tire el número de hoy, que no quiere hacerle si no le dan los trescientos francos que le debemos.

CAM. Ya sabia yo que al fin diria quién es.

VILL. Es un pillo.

CAM. Claro, al fin conservador.

RAB. No divagueis; el periódico tiene que salir hoy cueste lo que cueste. Toma cien francos. (Le dá un blilete de banco.)

CAM. A ver lo que yo tengo. Ciento veinticinco; esto es todo lo que se ha vendido hoy en el café.

RAB. Tú, Villaud, qué tienes?

VILL. Yo no tengo más que los cuarenta y siete francos de la suscricion del cerdo.

RAB. Ponlos. Tenemos doscientos setenta y dos francos, nos faltan veintiocho.

ESCENA V.

DICHOS.—UN MOZO.—A poco ROBESPIERRE.

MOZO. Ciudadano Rabagás, un hombre pregunta por tí. Esa es su tarjeta.

RAB. Maximiliano Robespierre. Que entre. Pensad algo para completar la suma.

ROB. Salud y fraternidad.

RAB. Adelante, ciudadano. Eres tú Robespierre?

ROB. Sí. Antes me llamaba Juan Royal, pero le cambié por el de aquél grande hombre, modelo de republicanos.

RAB. Eso prueba que eres un buen demócrata. Siéntate.

ROB. Lo necesito, bien lo sabe Dios...

RAB., VILL., CAM. (Extendiendo la mano.) Cincuenta céntimos.

ROB Por qué?

RAB. Mira ese letrero. (Enseñándole el letrero del foro.)

Quiere decir que el que pronuncie aquí esa palabra, que nosotros hemos suprimido en nuestras conversaciones, paga cincuenta céntimos.

ROB. Bien. Allá van. (Camerlin toma los cincuenta céntimos y los une al resto del duro.)

RAB. Ahora dí lo que quieras.

ROB. Yo soy hijo de un honrado comerciante que realizó una fortuna á costa de su trabajo; pero no tuvo tiempo de pensar en la política, y yo que no me ocupo de otra cosa, estoy dispuesto á emplearla toda entera, por conseguir el triunfo de la santa democracia.

RAB. Esas ideas te honran, porque hay pocos que piensen como tú.

ROB. Soy demasiado rico á Dios gracias.

RAB. VILL. CAM. } Cincuenta céntimos.

ROB. Se me olvidó. Tomad.

RAB. Ya te irás acostumbrando.

ROB. Lo creo.

RAB. Conque decias...

ROB. Que os traigo...

VILL. Algun dinero para la suscricion del cerdo.

ROB. No. Os traigo un artículo de fondo para *El Descamisado*, en el que trato de rehabilitar la memoria de Marat.

VILL. Marat no necesita que le rehabiliten.

RAB. Pero si él quiere... Sabes las condiciones de *El Descamisado*?

ROB. No.

RAB. A todos los principiantes que quieren insertar sus artículos, les cuesta veinticinco céntimos la línea.

ROB. Bueno. Los pagaré. Aquí está el artículo.

RAB. Tú, Camerlin, mira á ver lo más barato que se le puede insertar.

CAM. (Mirando el artículo.) Por ser amigo, le pondremos veintisiete francos.

ROB. Ahí van.

CAM. (A Villaud.) (Toma, dale el dinero al regente. Ahí llevas los trescientos francos justos. Que tire el periódico.)

ROB. Ea, hasta mañana. Adi...

RAB.
VILL.
CAM. Cincuenta...

ROB. No. No lo he dicho.

MOZO. Ciudadano Rabagás, una señora te quiere hablar.

RAB. Una mujer?

MOZO. No; una señora.

RAB. Dila que pase.

CAM. Nosotros vamos á arreglar el periódico. (Villaud y Camerlin entran por la izquierda.)

RAB. Robespierre, hazme el favor de esperarme en el café; tal vez necesite de tus servicios.

ROB. En favor de la República, estoy siempre dispuesto á todo.

RAB. Eso, justamente, quiero que me pruebes. (Vase Robespierre.)

MOZO. Aquél es.

EVA. Gracias.

ESCENA VI.

RABAGÁS.—MISS EVA.

RAB. Adelante.

EVA. Dispensadme, caballero, si me atrevo á molestaros.

RAB. De ningun modo me molestais, venís á vuestra casa. Sentáos y decidme en qué os puedo ser útil.

EVA. Me sois absolutamente necesario, porque necesito vuestros consejos y vuestro valioso apoyo, tanto más, cuanto que soy extranjera, y no conozco...

RAB. Ah! Sois francesa?

EVA. Norte-americana

RAB. Vuestra nacion tiene todas mis simpatías, sois republicana, contad con todo cuanto yo valga y pueda.

EVA. No me engañaron al decirme que vuestro gran talento se completaba con una exquisita galantería.

RAB. Mis compatriotas me conocen bien.

EVA. Confiando en vuestra bondad, voy á deciros el objeto de mi visita. Antes de ayer salí de Nápoles, y por ahorrarme las molestias que causan los equipajes, los envié el dia anterior á cargo de una de mis doncellas, y esta mañana me telegrafía noticiándome que han detenido mis baules en la aduana de Génova, so pretexto de que mis vestidos están adornados con muchos encajes, y esto constituye un contrabando.

RAB. Ya!

EVA. Figuráos qué contratiempo, dejarme sólo con este vestido y otro de baile, á trescientas leguas de mi modista.

RAB. Me hago cargo.

EVA. Es una verdadera desgracia, verdad?

RAB. No os diré que no; pero francamente, señora. Imaginé que me necesitábais para otra clase de asuntos... para alguna querella criminal... algun drama íntimo... que vuestro marido...

EVA. Soy viuda, caballero.

RAB. Conque se trata de tres ó cuatro baules?

EVA. De ocho.

RAB. Es igual. Perfectamente. Os voy á dar una targeta recomendándoos á un compañero mio que es una notabilidad para esta clase de asuntos.

EVA. Me negais vuestro apoyo?

RAB. Nada de eso. Es que aquí cada abogado tiene una especialidad. La mia es la política, y ella se lleva todo mi tiempo.

EVA. Conque sois político?

RAB. Y no creo ser de los ménos hábiles.

EVA. Entonces podeis encargaros de mi asunto. Nada más político que ocuparse de Aduanas.

RAB. Es cierto. Pero es un negocio del cual no se puede sacar partido. Baules... ropas... Aduanas... eso no interesa al público... si se tratara, por ejemplo, de alguna detencion personal, de secuestro de papeles... de periódicos...

EVA. Casi todas mis botitas las traigo yo envueltas con periódicos.

RAB. Italianos?

EVA. Sí *Il Pasquino. Il Pulcinella.*

RAB. Esos son periódicos muy avanzados.

EVA. Ya lo creo.

RAB. Y con unas caricaturas deliciosas contra el Gobierno francés. Voy á defenderos; vuestros encajes me servirán de pretexto... para leer esos periódicos en público, en plena audiencia y armar un escándalo mayúsculo... probaremos ante los Tribunales que la detencion de vuestros baules constituye un atentado contra la libertad de la prensa... una arbitrariedad... y no me costará gran trabajo conseguir un triunfo, porque teneis razon sobrada para reclamar daños y perjuicios. Teneis todos los documentos necesarios, recibos, etc.?

EVA. Ah, sí, sí!

RAB. Pues si me lo permitís yo mismo iré á vuestra casa á recogerlos.

EVA. Con mucho gusto.

RAB. Dónde os alojais?

EVA. En el Palacio de su alteza el Príncipe de Mónaco. En las habitaciones del entresuelo entrando por la puerta principal.

RAB. Os han alojado en buena casa.

EVA. En la que me corresponde, puesto que soy la camarera mayor de su alteza la Princesa Gabriela.

RAB. Pues es bien raro que os hayan dirigido á mí sabiendo que soy el jefe de la oposicion.

EVA. Ah! Tambien hay en Mónaco oposicion?

RAB. Como en todas partes.

EVA. Y qué objeto tiene aquí?

RAB. Contrarrestar y combatir todos los actos del gobierno.

EVA. Por conviccion?

RAB. Pst! Segun.

EVA. Ahora comprendo por qué no quereis abogar en mi favor.

RAB. Es claro. Lo que yo desearia es que me vinieran á ofrecer vuestro asunto para combatiros.

EVA. A pesar de tener yo razon como me habeis dicho os atreveríais á combatirme?

RAB. Con todas mis fuerzas, y probaria lo contrario de lo que antes os dije.

EVA. Y los periódicos que yo traigo?

RAB. Me ayudarian á venceros. Con decir al tribunal: esta es la prueba de lo que aprecia la aristocracia al cuarto estado. Libres pensadores, filósofos, periodistas, romped vuestras plumas ante tamaña afrenta; hé ahí para lo que sirven vuestros escritos... ved la importancia que se les dá... y siguiendo por este camino, figuráos hasta donde se puede ir.

EVA. Admirable. Veo que teneis gran facilidad para cambiar de opinion.

RAB. No, yo no cambio de opinion nunca, porque no tengo ninguna.

EVA. Ah!

RAB. Para abogar ó defender cualquier causa son todas inútiles. Yo no necesito creer. Lo que importa es que me crean los demás, lo cual es completamente distinto.

EVA. Me habia formado una alta idea de vos por lo que me habian dicho, pero veo que escede con mucho, y ahora comprendo lo que decia su alteza.

RAB. Su alteza se ocupa de mí?

EVA. Con frecuencia. Hablando del triunfo que habeis conseguido en Niza, decia: «no es extraño, es un hombre de un talento inmenso, poderoso...»

RAB. Decia eso?

EVA. Si yo me atreviera, añadió...

RAB. A qué?

EVA. No acabó la frase.

RAB. Qué lástima!

EVA. Señor de Rabagás, me retiro con el doble sentimiento de no teneros por defensor y de que no honreis mi casa con vuestra presencia.

RAB. No puedo de ningun modo ir á Palacio.

EVA. Por qué no? Nadie os molestaría allí, ni os detendria, al ménos contra vuestra voluntad.

RAB. Credme que iria con mucho gusto á visitaros. Pero, y mi partido?

EVA. Ba! Ba! Adios.

RAB. Si me lo permitís, os daré el brazo hast vuestro coche.

EVA. Y vuestro partido?

RAB. Ba! Ba!

EVA. No quiero comprometeros. Adios.

RAB. Permitidme deciros hasta otra vista.

EVA. Quién sabe! Ojalá! (Vase. En este momento aparec cen Villaud y Camerlin.)

RAB. Ojalá? Qué quiere decir? Se burla de mí? Sien te lo que ha dicho?

ESCENA VII.

RABAGÁS.—CAMERLIN.—VILLAUD.

VILL. Quién es esa?

RAB. Una dama de palacio.

VILL. Habrá venido á espiarnos?

RAB. No, á proponerme un negocio que yo he recha zado.

CAM. Has hecho bien, porque es esa una de las aman tes del Príncipe.

RAB. (Se ha burlado de mí, yo la daré la revancha y pronto.)

CAM. Babagás, sabes lo que opino? Que no debem perder ya mas tiempo, sino dar el golpe cua antes, las cosas se ponen feas.

VILL. Opino lo mismo.

RAB. Quereis que nos echemos á la calle esta noch

VILL. Sí... sí, todo está pronto.

CAM. Lo que necesitamos es un pretexto.

RAB. Le tenemos en la mano. No dices que Rap está arriba durmiendo?

CAM. Más borracho que un mosquito.

RAB. Está muerto.

CAM. Ca!

RAB. Es necesario hacérselo creer á todo el mun añadíendo, que ha sido asesinado anoche á puertas mismas de palacio, por un individuo la córte. Ya tienes el pretexto que buscabas.

CAM. No hay talento comò el tuyo.

VILL. Está muy bien pensado, nosotros echaremos leña al fuego.

CAM. Y viva la...

RAB. Todavia no es tiempo. Baja al café, en una de las mesas verás sentado un hombre con aspecto de extranjero, lleva barba larga, y dos ó tres cintas en el ojal de la levita. Le dices de mi parte que suba. Y á Robespierre tambien.

CAM. Ya estoy aquí. (A Rabagás.) (Oye, no te fies mucho de Villaud.) (Se va por el foro.)

RAB. Villaud, dile al regente, que al número de esta noche le ponga orla negra en señal de luto, y ven al momento.

VILL. Por lo que te importe. No te fies de Carmerlin. (Se va puerta derecha.)

RAB. Vigílale tú.

ESCENA VIII.

RABAGÁS.—CAMERLIN.—VILLAUD.—PETROSKI.—ROBESPIERRE Y un MOZO. Despues UN GENDARME.

CAM. Aquí vienen ya.

RAB. Dile á un mozo que se coloque en esa puerta y que nos avise si álguien se acerca.

CAM. Bien. (Aparecen en este momento Petroski y Robespierre por el foro. Villaud por la derecha. Camerlin sale á dar la órden y entra en la escena.)

RAB. Adelante. Ciudadanos. Aquí teneis al ilustre general Petroski, de quien os hablé; el caudillo de la Democracia, el que venció á Rosas y Souluque, al Secretario de Urquiza, al compañero Juarez. Su espada ha estado siempre al servicio de todos los pueblos y de todas las Democracias. Es el caballero errante de la libertad.

CAM.
VILL.
ROB. } Viva!

RAB. Silencio.

CAM.. VILL. ROB. ¡Viva Petroski! (El primer viva le dan fuerte. A la interrupcion de Rabagás dan el segundo muy bajito, pero con más fuego.)

PET. Aquí están mis papeles.

RAB. General, todos sabemos quién sois. Os entregamos el mando de las fuerzas, seguros del triunfo. Sólo esperamos vuestra opinion para dar el golpe.

PET. Gracias. Ciudadanos, yo no sé explicarme bien... porque acostumbrado á hablar tantas lenguas... escepto la del servilismo... (Esta frase la dice muy incomodado y muy fuerte... Es una salida de tono.)

TODOS. Muy bien! Muy bien!

PET. Debo deciros antes que nada, que vengo sin ropa sin dinero; y aun cuando á mí nada me ha de hacer falta, porque el pueblo me dará de comer y todo lo que necesite...

CAM. Ya lo creo.

PET. Porque soy su hermano.

CAM. Y su padre.

RAB. No hablemos de condiciones, quedan aceptadas las que indiqueis.

PET. Ante todo, lo que necesito es un buen uniforme con tres ó cuatro entorchados, para que vea bien todo el mundo... que yo soy el que manda.

RAB. Lo tendreis al momento.

PET. Tambien necesitaré dinero, para mis hombres se entiende, porque los soldados cuando llevan dinero en los bolsillos, se baten mejor para defenderle.

RAB. (A Robespierre.) Robespierre, á tí te toca arreglar este asunto.

CAM. Aquí teneis un capitalista... que no quiere su dinero.

PET. Tú serás mi hermano mayor. (A Robespierre, dándole la mano.)

ROB. Gracias. Pero...

RAB. Ya teneis oro.

CAM. Y fusiles.

PET. Donde hay valor, sobran los fusiles Lo que hace falta son hombres de corazon que se dejen matar, y os respondo del triunfo.

RAB. Cuenta con todo el pueblo.

CAM. Ménos con nosotros, porque si nos matan, quién haria batirse á los demás?

RAB. Conque estais decididos á todo?

TODOS. Sí! Sí!

RAB. Pues oid el plan. Esta noche hay comida y concierto en palacio.

CAM. Nosotros les daremos el baile en la calle.

RAB. Se dá órden para que nuestros amigos se reunan abajo á las primeras horas de la noche. A eso de las diez, meteis á Rapiat en una camilla que tú te encargarás de traer. (Por Villaud.) Colocais una docena de hombres con antorchas alrededor de ella, dais una vuelta por las calles, á fin de que se os una mucha gente; y cuando lo creais oportuno, os dirigís hácia palacio y empezais á dar grandes gritos pidiendo venganza, y diciendo á todos que aquel ciudadano ha sido muerto por un aristócrata, y que para más escarnio del pueblo se dá el concierto en palacio. El general monta á caballo, se pone al frente de todos y la victoria es nuestra.

CAM. Y si por casualidad fracasa el movimiento?

RAB. Entonces yo me encargaré de probar que aquella farsa la ha ejecutado la policía por órden del Gobierno.

MOZO. Ciudadano Rabagás, un gendarme pregunta por tí.

TODOS. Un gendame? (Villaud y Camerlin huyendo se dirigen á la puerta primera derecha. Robespierre se va á un rincon, y Petroski intenta meterse debajo de la mesa.)

RAB. Calma. Viene solo?

MOZO. Solo.

RAB. Déjale entrar.

MOZO. Adelante.

GEND. El señor Rabagás?

RAB. Yo soy.

GEND. Tomad. (Le da un pliego.)

CAM. Si quereis tomar una copa, abajo os la darán.

GEND. Gracias, no bebo.

CAM. De quién es esa carta?

RAB. El sello es de palacio.

TODOS. De Palacio?

CAM. Lee.

RAB. «El Intendente de Palacio, besa la mano al señor de Rabagás, y tiene el honor de invitarle de órden de su alteza el Príncipe de Mónaco, á la gran comida y concierto que se verificará hoy en los salones de Palacio.» (Al fin se han decidido. Ya era tiempo.)

CAM. Te convidan á comer?

VILL. Debes estar satisfecho!

RAB. Lo estoy, porque al fin nos abren las puertas de Palacio de par en par.

VILL. Será á tí, porque á nosotros...

RAB. Al invitarme á mí, invitan al pueblo.

CAM. Cá!

RAB. Te digo que sí.

VILL. No disputemos. Tú no has de ir.

RAB. Cómo que no?

VILL. Tendrias valor?

RAB. Es un gran sacrificio, pero lo haré.

VILL. Y el golpe de esta noche?

RAB. Le daremos mejor y con más seguridad. Ellos saben que conspiramos, tienen miedo y se habrán dicho: Invitemos á venir á Palacio á Rabagás; si acepta nada tenemos que temer de las masas, al ménos mientras él esté entre nosotros. Si no voy es lo mismo que decirles: estad alerta, no acepto porque conspiro. General, tengo razon? No es verdad que es mucho mejor cogerles desprevenidos?

PET. Seguro; y yo me encargaré de aplastarlos.

ROB. Es una buena idea; debe asistir al concierto.

CAM. Y si es un lazo que te tienden para prenderte?

RAB. A mí? Esa palabra me decide. Hay peligro en ir á Palacio? Mi deber me obliga á afrontarle.

CAM. Y te vestirás de etiqueta?

RAB. Qué le he de hacer?

VILL. Vas á ponerte la librea de los aristócratas?

RAB. No exageremos. Robespierre vestia siempre de frac. Verdad? (Dirigiéndose á Robespierre.)

ROB. No me acuerdo.

AM. Si te pones ese traje, lo oonsideraremos como una abdicacion de nuestros principios.

AB. Pero si no lo llevo, no me dejarán entrar. Lee: «Uniforme ó traje de etiqueta.»

AM. El que empieza á ponerse el frac, acaba por hacerse conservador.

AB. Para lo que te falta, llámame traidor.

AM. No creo que lo seas.

ILL. Pero hay que evitar la ocasion.

AM. Apelemos al sufragio universal.

AB. Me someto.

AM. Los que levanten la mano, votan porque te vistas de frac; los que se estén quietos votan en contra. (Rabagás, Petroski y Robespierre levantan el brazo.)

AB. Queda votado el frac.

AM. (Pues me carga el sufragio.) Oye, eso no quita para que esta noche reunamos á nuestros amigos.

AB. Reunidlos.

AM. Y cuál será la señal para dar el grito?

AB. Un cohete que yo vendré á disparar desde esta ventana.

ILL. Ay de tí si no vienes!

AB. Entonces vengarme.

ODOS. Lo juramos.

AB. (Si dejo escapar esta ocasion, cuándo encontraré otra.) Hasta las once, ciudadanos.

AM. Y viva la libertad!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La escena representa un suntuoso salon del palacio de Mónaco. A la izquierda segundo término, un gran balcon, que se supone da á la plaza. Puerta á la izquierda y rompimiento al foro. A la izquierda, mesa con tapete y un gran sillon con el escudo de armas de Mónaco. A la derecha sofá. Muebles de lujo. Arañas y candelabros con luces.

ESCENA PRIMERA.

CARLOS.—ANDRES, colocados á la derecha.—MISS EVA.—MADAMOISELLE TURENNE.—SOTOBOYO.—DAMAS y CABALLEROS.

TUR. Es cierto, señor gobernador, que esta noche habrá jarana?

SOT. Pudiera ser.

TUR. Ay, yo me voy á morir de miedo.

CARL. De quién?

TUR. De esos hombres que salen á la calle cuando hay revuelta. Yo no los he visto más que dibujados en los periódicos, y asustan las caras que les ponen.

CARL. Si ayer me hubiera permitido su alteza darles una buena carga de caballería, no habría hoy tanto curioso en la plaza.

SOT. Creo que para disolver esos grupos bastará este

bando que voy á someter á la aprobacion de su alteza. (Señalando un pliego de papel que habra sobre la mesa.)

AND. Te repito que tus imprudentes amores van á causarnos algun grave disgusto. Verás cómo *El Descamisado* de esta noche dice algo del borracho que dejaste caer de la escalera. Verás cómo inventan alguna calumnia.

CARL. No lo creas.

AND. Estás ofuscado, ó no quieres entenderme; te digo que es necesario evitar que el Príncipe se entere de esas citas nocturnas, y el mejor medio es suprimirlas.

SOT. Será un motin y nada más.

TUR. Ay! Dios quiera que no sea esta noche.

SOT. Señores, el concierto va á dar principio.

TUR. Vamos, vamos. No quiero perder la obertura.

AND. Te juro que te he de salvar á pesar tuyo.

ESCENA II.

MISS EVA.—A poco la PRINCESA GABRIELA.

EVA. Cuánto tarda Rabagás... Dejará de asistir al concierto? No lo creo. La vanidad es un poderoso incentivo. La princesa.

GAB. (Sale por la puerta izquierda.) Miss Eva!

EVA. Suponía á vuestra alteza en el concierto.

GAB. No tengo la cabeza esta noche para oir música.

EVA. Ni yo.

GAB. Mejor, así hablaremos un rato como dos buenas amigas.

EVA. Sois muy bondadosa.

GAB. No. Es que me sois muy agradable. Además, desde que murió mi madre, no he encontrado ninguna amiga á quien confiarle mis penas, mis alegrias. Si supiérais qué triste es esto!

EVA. Me lo figuro.

GAB. Vos sola me habeis inspirado confianza, desde el primer instante que os hablé.

EVA. Podeis tenerla en mí ilimitada.

GAB. Os creo y voy á daros una prueba. Imaginaos si tengo razon para estar preocupada, habiéndome dicho mi padre, que pensaba casarme; pero no con el hombre que yo elija, sino con un desconocido que convenga á los intereses políticos del Estado. Vamos á ver, es esto razonable?

EVA. (No me engañé.) Vuestra alteza quizá se habría fijado en algun jóven?

GAB. Ya lo creo, en uno á quien amo desde niña, en mi primo Carlos, y no creais que hago nada demás, porque á él le debo la vida.

EVA. Ah!

GAB. Como lo oís. Un dia me caí en un estanque del jardín, y me sacó exponiendo su existencia. Ya veis si seria una infamia no quererle, aun cuando no fuera más que por gratitud. Además de que es muy guapo.

EVA. Ya! ya!

GAB. Anoche mismo, me recordaba el pobrecillo este hecho con lágrimas en los ojos.

EVA. Anoche? Dónde?

GAB. Quiero confiaros todos mis secretos, puesto que me habeis prometido ser mi amiga.

EVA. Verdadera amiga. Pero contadme, contadme.

GAB. Vereis. Como no me dejan hablar con mi primo durante el dia, por la noche cuando todos duermen en palacio, Cárlos entra por la puerta de los jardines que dá al campo, y nos estamos hablando por la reja de mi oratorio hasta la madrugada.

EVA. Perfectamente.

GAB. Ay, si viérais qué bonito es hablar por la noche á la luz de la luna!

EVA. Sí, será muy bonito; pero haceis muy mal, porque os arriesgais á perder vuestra reputacion.

GAB. De veras?

EVA. No lo dudeis.

GAB. Ya me lo figuraba yo, y así se lo decia á mi primo, pero él afirmaba lo contrario.

EVA. Por muy inocentes que sean las citas nocturnas, siempre son peligrosas.

GAB. Qué peligro ha de haber si él está conmigo?

EVA. Y si vuestro padre os viera?

GAB. Ay, Jesús! Se pondria furioso... Nunca me l perdonaria!

EVA. Pues hay que evitarlo. Esas entrevistas es preciso que cesen por vuestro bien.

GAB. Veis cómo necesito los consejos de una amiga leal? Ya que todo lo sabeis, ayudadme con vuestros consejos y no consintais que me hagan desgraciada.

EVA. Estad tranquila, que poco he de poder ó no os sacrificarán.

GAB. Pero no digais á mi padre nada de esto: no?

EVA. Descuidad.

GAB. Qué buena sois! Dadme un beso.

EVA. Mil.

GAB. Papá!

ESCENA III.

DICHAS.—EL PRÍNCIPE.—CABALLEROS.

GAB. Qué tienes, papá? Te encuentro preocupado.

PRINC. Sí, hija mia; asuntos graves... Anda, hermosa, ve al salon del concierto; estos señores te acompañarán: no está bien que nos alejemos todos de allí: ve á representar tú al Gobierno.

GAB. La política me fastidia mucho más que la música. Vamos á aburrirnos. (Váse.)

EVA. Ocurre algo grave?

PRINC. Mucho, por desgracia. A medida que la noche avanza, crece la agitacion en la ciudad. Ved cómo está la plaza de Palacio.

EVA. Con efecto, hay mucha gente; pero habrán venido por curiosidad, por ver los trajes de las damas, los trenes...

PRINC. No, no. Hay mucho más número que otras veces, y no me gusta su actitud.

EVA. Vais á tomar precauciones? Qué pensais hacer?

PRINC. No lo sé. Me repugnan los actos violentos Un peloton de caballería sería suficiente para dispersar esos grupos; pero quién me asegura que

no vá á ocurrir cualquier desgracia... que no van á atropellar algun pobre niño, alguna mujer? Eso es horroroso.

EVA. Sobre todo, pudiendo emplear otros medios mucho mejores, que pueden salvarnos como por encanto?

PRINC. Y quién los tiene.

EVA. Rabagás.

PRINC. Rabagás? Y cuáles son?

EVA. No lo sé, pero él nos los dirá muy pronto aquí mismo.

PRINC. Aquí.

EVA. Sí, porque le he convidado yo á venir al concierto.

PRINC. Sin conocerle?

EVA. Le conozco ya. He tenido esta tarde una entrevista con él, en la redaccion de *El Descamisado.* Somos ya buenos amigos. Y utilizando en su favor la carta blanca que habeis tenido la bondad de concederme.

PRINC. Me dejais admirado... Rabagás en Palacio?... Afortunadameute no tendrá la audacia de venir.

EVA. Ese es mi único temor, que le falte audacia.

PRINC. Y qué esperais de esa buena alhaja?

EVA. Todo lo que nos falta, la tranquilidad.

PRINC. De veras lo creeis?

EVA. Concededle una entrevista despues que yo le hable; y de la manera más conveniente, le preguntais: «Cuánto?» él os responderá: «Tanto,» y tic, tic, tic, hecho.

PRINC. Eso no puede hacerse así. Qué política seria esa?

EVA. La buena. No lo dudeis. Creen muchas gentes que la política es una ciencia muy difícil y muy complicada, y yo la encuentro muy fácil y muy sencilla. En la política existen dos clases. Una lo tiene todo, dinero, empleos, títulos, honores... Otra no tiene absolutamente nada. Los unos lo quieren todo para sí, los otros quieren arrebatárselo para ellos. A aquellos todo les parece bueno; éstos lo encuentran todo malo.

Los unos porque están ahitos, los otros porqu están hambrientos. Creedme, esta es la polític práctica, despojada de la palabrería con que l disfrazan.

PRINC. Sois severa con los hombres políticos.

EVA. No quiero ofender á ninguno, hablo en general Al que se le ataca, se defiende. Figuráos qu un hambriento gruñe á nuestra puerta porqu no tiene pan; invitadle á comer, y estad segur que no echará á rodar la mesa.

PRINC. Segun.

EVA. Hagamos la prueba; dejadme hablar con Ra bagás.

PRINC. No lo espereis. No vendrá.

EVA. No? Vedle allí.

PRINC. Parece increible. Me retiro. Me dá vergüenz por él. (Aparece Rabagás con un ugier detrás d rompimiento.)

EVA. Me habeis dado carta blanca.

PRINC. Sí. Pero tened cuidado no me cueste muy car

EVA. Dejadme á mí. (El Príncipe se retira por la iz quierda.)

ESCENA IV.

MISS EVA.—RABAGÁS.

EVA. Adelante, señor de Rabagás, adelante.

RAB. Señora...

EVA. Hace un momento apostaba su alteza conmig á que no asistiríais esta noche al concierto d Palacio.

RAB. Os aseguro que no le ha faltado mucho; y suponiendo que érais vos la que me habíais invitado, he venido á daros las gracias... y tal vez prestaros un buen servicio.

EVA. Picais mi curiosidad. No estaríamos mejor sentados? (Invitándole á sentarse en el sofá.)

RAB. No puedo detenerme. Sólo quiero daros un consejo de verdadero amigo. En vez de reclama vuestros baules desde aquí, marcháos vos mis ma á recogerlos, todo lo más pronto posible.

EVA. Por qué?

RAB. No me pregunteis la razon y salid pronto de Mónaco.

EVA. Vuestras palabras me asustan, me parece que me señalan un peligro; si existe, no me lo oculteis, por Dios; pensad que soy una pobre mujer inofensiva de todo punto.

RAB. Esto era lo que yo temia.

EVA. Vamos, hablad. No teneis confianza en mí?

RAB. Al contrario, y deseo corresponder á la que en mí habeis puesto, invitándome á venir hoy á Palacio

EVA. Entonces...

RAB. Juradme antes no revelar á nadie ni una palabra de lo que vais á oir.

EVA. Os lo juro.

RAB. Pues bien, estamos sobre un volcan. Tal vez muy pronto estalle en Mónaco un movimiento revolucionario. (Con gran reserva.)

EVA. Ah, señor de Rabagás! Nunca, nunca os agradeceré bastante el favor que me haceis, previniéndome ese peligro.

RAB. Creedme, y partid esta noche, no perdais un momento, ni reveleis á nadie lo que acabo de confiaros, y adios; una vez vos prevenida, nada tengo que hacer en estos sitios.

EVA. Señor de Rabagás, completad vuestra obra generosa y permitidme que revele al príncipe el peligro que le amenaza.

RAB. (Picó el anzuelo.) Estais en vos; á él ménos que á nadie.

EVA. Cometería la más grande de las indignidades, si le abandonara en el peligro, y me salvara yo.

RAB. (Decia bien Camerlin, es la amante del príncipe.)

EVA. Tened compasion de mí que no he hecho mal ninguno á nadie.

RAB. Por Dios, no me comprometais.

EVA. Algun medio habrá para conciliarlo todo.

RAB. Y cuál? Si el Príncipe se entera, hará abortar la conspiracion y hará bien.

EVA. Hablemos con franqueza. Teneis un gran interés en que triunfe ese movimiento?

RAB. A la altura en que han llegado las cosas, tengo grande, inmenso; primero, porque si fr casara, yo sería el más comprometido, y de pues, porque del triunfo de la revolucion, d penden mi porvenir, mi carrera, mi fortuna; l gastado toda mi vida por conseguir la victori Si me vencen, lo pierdo todo y quedo arruinad para siempre.

EVA. Y quién os dice, que lo que perdais por un lad no lo podeis ganar por otro?

RAB. (Ya estamos sobre el terreno.) Nunca, jamás.

EVA. Razonemos. Haceis triunfar la revolucion, pe fectamente; y en provecho de quién? En prov cho de los concurrentes al café de Camerli En provecho de vuestros amigos de *El Desc misado?* Sed franco, señor Rabagás, yo resp vuestras ideas, sean las que quieran, porque s las de un hombre de talento: pero creeis que e gente es digna de figurar á vuestro lado?

RAB. No valen mucho en verdad.

EVA. Pues pretenderán elevarse hasta vos, que s un hombre ilustrado, de talento, de genio, u gran tribuno, en fin.

RAB. Señora...

EVA. Sí; sois el rey de la palabra; no conoceis que otro dia del triunfo, no os podrian soporta envidiosos de vuestra alteza? Cómo quereis vo un aristócrata, sí lo sois y lo mereceis se por vuestros propios méritos, por educacio por instinto, porque amais lo delicado, lo bell lo grande? cómo quereis, repito, confundiros mezclaros con ese monton de ignorantes amb ciosos?

RAB. Ojalá yo valiera lo que creeis.

EVA. Sin duda. Decidme, desde el momento que ha beis puesto el pié en Palacio, no os habeis sen tido dichoso, satisfecho; no habeis respirado vuestro gusto, como si os encontrárais en vues tra propia casa?

RAB. Es verdad.

EVA. Este es vuestro elemento, aquí teneis vuest sitio, aquí todos os hacen justicia; pero acas

esas gentes tienen inteligencia para comprenderos? No?

RAB. Ese ha sido siempre mi temor.

EVA. Creedme, apartáos de su trato.

RAB. Cómo? Al momento?

EVA. Al momento.

RAB. Un acto así sería imprudente; aquí mismo sería mal acogido mi cambio político.

EVA. Aunque soy mujer, tengo bastante práctica del mundo, y he aprendido que en política, como en todo, los hombres no tienen más convicciones que las del propio interés.

RAB. (Esta mujer se vá á fondo.)

EVA. Si hubiérais nacido noble y rico, con seguridad perteneceríais al partido conservador. Habeis nacido hijo del pueblo, por un error de la suerte; qué habíais de hacer? Vos no podíais elegir vuestra cuna. Hoy sí, podeis escoger, pues la eleccion no es dudosa. No cambiais de ideas, no, os colocais en el campo que os pertenece.

RAB. Teneis un modo de ver las cosas...

EVA. Tan claro.

RAB. No os diré que no. Pero el que como yo ha estado haciendo la oposicion toda su vida...

EVA. Y habeis hecho muy bien. Por qué habíais de sostener á los Gobiernos de que no formábais parte? Destruir al enemigo, constituye un deber. Derribar á un Gobierno, es ventajoso siempre, porque otro ha de reemplazarle. La oposicion no es el fin, es el medio.

RAB. Yo jamás he hecho la oposicion á su alteza sino por...

EVA. Ya lo sé, ya lo sé: por cariño, por su bien.

RAB. Eso es. La primera vez que hice la oposicion fué por pasatiempo, casi por broma: tan sólo con el objeto de decirle al Gobierno: «Aquí estoy yo, que creo poder servirte para algo... fíjate en mí.» Nadie me hizo caso. Este desaire me irritó... Entonces ataqué á todo y á todos, porque nada hay que excite tanto las pasiones como las contrariedades.

EVA. Estábais en vuestro perfecto derecho. Quer[...] que sigamos hablando con franqueza?

RAB. El mayor mérito que tiene nuestra conversaci[...] es que estamos jugando á cartas vistas.

EVA. Es verdad. Sois ambicioso?

RAB. Yo...

EVA. Decídmelo con franqueza; os sobra razon pa[...] serlo. Llevais vuestra cabeza henchida de ide[...] nuevas; debeis luchar por implantarlas. Yo ta[...] bien soy ambiciosa y en ello tengo mucho [...] gullo. Uníos á mí y nada habrá que no cons[...] gamos.

RAB. Ya lo creo; juntos realizaríamos cosas verdad[...] ramente extraordinarias.

EVA. Inmensas.

RAB. Pero cuánto no hay que trabajar en las anc[...] esferas del gobierno?

EVA. Y cuánta gloria no se puede recoger.

RAB. Yo dejaria aquí mi vida.

EVA. Mónaco os deberia la suya.

RAB. No es verdad que la ambicion así comprendi[...] es una virtud?

EVA. Es un deber.

RAB. Casi es un crimen negar á su patria el bi[...] cuando se tiene en la mano.

EVA. Y necesitándole tanto.

RAB. Miss Eva, no vacilo más, disponed de mí.

EVA. Gracias! Gracias, en nombre de vuestra patr[...] Dios os premie vuestro sacrificio como merec[...] (Pausa.) Ahora prudencia y discrecion.

RAB. Estais segura del Príncipe?

EVA. El príncipe soy yo. Voy en su busca para da[...] tan fausta nueva. Adios y silencio. (Miss [...] se lleva el dedo índice á los labios acompañando [...] accion á la palabra. Rabagás se pone la mano [...] el corazon como jurándole por su honor no reve[...] nada.)

ESCENA V.

RABAGÁS.

Al fin realicé mis sueños... ya soy ministro. Ah, qué agradable es respirar este ambiente perfumado por el aliento de esas hermosas mujeres! Qué dicha tratar como iguales á esos aristócratas señores, que vendrán á adularme para que les conceda mi amistad! Qué hermoso poder atravesar libremente esos dorados salones, como dispensador de todas las mercedes, porque el verdadero príncipe, no será él, seré yo! Qué fortuna no volver á confundirse con esa plebe ignorante! Esto es vivir, esto es lo hermoso, esto era lo justo, aquí queria yo llegar. (Dando el reloj.) Las nueve. Aun tengo tiempo para ir á la redaccion, y hacerles desistir de su intento á esos imbéciles.

ESCENA VI.

ABAGÁS.—CAMERLIN, que entra vestido con una librea de ugier, igual á la de los ugieres.

AM. Chist! Rabagás.

AB. Quién me llama?

AM. No me conoces con esta librea? Pues es más bonita que la que llevas tú.

AB. Qué farsa es esa!

AM. No creas que vengo á espiarte; es que como supongo que esta será la última fiesta que el Valentinois dará en su palacio, y no habia visto ninguna, tenia una gran curiosidad por entrar aquí; se lo dige á un ugier amigo mio, hombre de confianza, uno de los nuestros, y me ha dejado una de sus libreas para que nadie me conozca. Además, tú sabes que yo te quiero de veras, y por si te sucedia algo...

AB. Ya ves que no.

CAM. Pero, verdad que me sienta bien esta librea?

RAB. Como que parece que la has llevado puesta toda tu vida.

CAM. Cuánta luz, cuánto lujo, qué mujeres tan hermosas. Rabagás, no te gusta este explendor?

RAB. (Cada vez que me tutea, me hace el mismo efecto que si me pisara en un pié.)

CAM. Qué muebles tan cómodos. (Se sienta en el sofá.)

RAB. (No se irá?)

CAM. Poco tiempo los disfrutarán. En cuanto triunfemos, me mudo aquí con mi mujer y mis hijos.

RAB. Tú?

CAM. Yo, y todo el que quiera, porque esto se hará propiedad del pueblo. Daremos conciertos y bailes como éste, y vendrán aquí nuestras familias, y traerán entonces tan buena ropa como la de esas señoronas. Oye, este sillon tan grande será el del Valentinois? Me voy á sentar donde se sienta el rey. (Se sienta en el sillon.)

RAB. (Esto consiguen las revoluciones, despertar los apetitos.) Vete, no te descubran. Está todo preparado?

CAM. Todo.

RAB. No hagais nada hasta que yo vaya á la redaccion, y los amigos que no se muevan ínterin no den las once y vean la señal convenida.

CAM. Descuida, que todo se hará como hemos convenido.

RAB. La córte se dirige hácia aquí; vete no te descubran.

CAM. Qué ganas tengo yo tambien de tener córte Hasta luego. (Vase.)

RAB. Esos aristócratas se van á quedar espantados á verme aquí. Preparemos la sorpresa. No quiero que me vean hasta que me llame él Príncipe (Se sienta detras del rompimiento, á la derecha.)

ESCENA VII.

EL PRÍNCIPE.—RABAGAS.—BRICOLI.—EL CORONEL.—LA PRINCESA GABRIELA.—MLLE. DE TURENNE. DAMAS Y CABALLEROS.

BRIC. Señor, la situacion se agrava por momentos. El pueblo insulta y silba á cuantos atraviesan la plaza en coche. Me avisan que en las calles céntricas están cerrando los comercios. Se hace preciso tomar una determinacion inmediatamente.

PRINC. Es cierto? Señor Coronel, teneis abajo vuestro regimiento?

COR. Sí, señor. Dispuesto á todo.

PRINC. Señor Brícoli, vos contais con los gendarmes?

BRIC. Sólo esperan las órdenes de vuestra alteza.

PRINC. (A Miss Eva.) Ya oís. El pueblo se va á lanzar á vías de hecho. Yo estoy dispuesto á castigarle. Qué opinais?

EVA. Lo que siempre. Rabagás.

PRINC. Pedir un favor á ese hombre es una humillacion.

EVA. Teniendo la tormenta encima, quereis discutir el para-rayos? (Gritos y silbidos fuera.) Oid.

PRINC. Qué es eso?

BRIC. Que silban el coche del Gobernador que sale de Palacio. Si me lo permite su alteza voy á dar órden para que cierren las puertas.

PRINC. Haced lo que os parezca.

EVA. Decidíos. (Al Príncipe.)

PRINC. Solo por evitar la efusion de sangre, acepto á Rabagás.

EVA. (Gracias á Dios.) Señor de Rabagás, que haceis ahí tan retirado? Venid. Su alteza desea hablaros.

RAB. (Inclinándose mucho.) Señor...

PRINC. Celebro mucho veros en este sitio, y no sabeis cuánto he agradecido á Miss Eva, que se acordara de invitaros.

RAB. He venido á palacio accediendo al deseo de esta

señora, porque en él veia una órden de su alteza.

PRINC. (Bribon!) Vuestra presencia me es muy agradable, porque tal vez se os presente ocasion esta noche de evitar muchas desgracias. El pueblo está en actitud rebelde de la cual vos podreis hacerle desistir, empleando vuestro prestigio.

RAB. Así lo creo.

PRINC. Yo quisiera apurar todos los medios, antes de apelar á la fuerza.

RAB. Esos sentimientos generosos honran á vuestra alteza.

PRINC. Me aseguran que contando con vos podrian hacerse compatibles los deseos del pueblo y los principios de autoridad que yo represento.

RAB. Positivamente.

PRINC. El actual gobernador no le creo apropósito para resolver este conflicto, es impopular; es necesario reemplazarle. Creeis que un buen general...

RAB. Permitidme, señor, que os diga, que en estos momentos lo que se necesita es un hombre conciliador, popular, elocuente...

PRINC. Un abogado?

RAB. Eso es. Los abogados se ocupan de toda clase de negocios... tienen necesidad más que otro alguno de estudiar la Hacienda, la Administracion, la industria, la magistratura, el ejército...

PRINC. Lo sé, lo sé. (Se oye cantar en la plaza la Marsellesa en medio de gritos y de voces descompuestas.)

EVA. Señor, no perdais tiempo. Decidíos.

PRINC. (Se sienta y escribe una carta.) (Voy á complaceros, aunque me cuesta gran repugnancia.) Señor Brícoli, mandad que entreguen ese pliego al señor de Sotoboyo.

RAB. (Su destitucion.)

PRINC. Señor de Rabagás, acepto vuestro consejo. Señores, tengo el gusto de presentaros á vuestro nuevo Gobernador general.

RAB. (Al fin.) Señor, mi gratitud...

PRINC. No me deis gracias, y calmad inmediatamente al pueblo.

RAB. Eso es muy sencillo; me bastará para conseguir-

lo dirigirle cuatro palabras desde ese balcon, noticiándoles mi nombramiento. Es tan bueno ese pobre pueblo.

PRINC. Señor Brícoli, abrid ese balcon, y anunciadle el nombramiento del señor Rabagás.

BRIC. (Abre el balcon y se dirige á las masas.) Habitantes de Mónaco...

VOCES. (En la plaza.) No, no, Rabagás! Rabagás!

BRIC. Señor, llaman á Rabagás.

RAB. Quieren verme. Pobrecillos, no conocen á nadie más que á mí. Ahora verá vuestra alteza el prestigio que tengo entre las masas.

EVA. Veamos.

RAB. Ciudadanos. (Desde el balcon con una gran voz... Se oyen voces, de ¡Viva! ¡Callarse! Gran confusion.) El Príncipe de Mónaco, accediendo á vuestras justas reclamaciones... (Voces de: ¡Bravo! ¡Eso es!) me ha nombrado vuestro gobernador general. (Un gran murmullo y en seguida todas las voces gritan con gran fuerza: ¡Abajo Rabagás!)

PRINC. Qué es eso?

RAB. (Dando un fuerte grito.) Ciudadanos... (Voces de: ¡Canalla! ¡Traidor! ¡Fuera!)

EVA. (Buen efecto!)

RAB. Ciudadanos... (Gritando. Unos: ¡Renegado! Otros: ¡Canalla! ¡Matarle!) Oid... (A gritos. ¡Abajo el soplon! ¡Chicharra!¡ Charlatan!) Ciudadanos. (El ruido de abajo ahoga esta voz.) Estúpidos! Idiotas! No quieren oir. (Al Príncipe.)

PRINC. (A Miss Eva.) (Ahí teneis vuestro héroe.)

EVA. (Ya se ha lanzado, dejadle rodar.) (El murmullo sigue en la plaza, pero sin interrumpir el diálogo.)

RAB. Entre el pueblo debe haber gentes pagadas por los reaccionarios. Daré un bando firmado por mí y vereis cómo termina todo.

BRIC. (Cogiendo el pliego que en la primera escena del acto dejó sobre la mesa Sotoboyo.) Si os sirve este que habia escrito vuestro antecesor?...

RAB. A ver? «La sociedad, amenazada por los eternos enemigos del órden, exije que el Gobierno reprima con mano fuerte la anarquía.» Está muy bien, no le hubiera escrito yo mejor. Poned mi

nombre al pié y fijadlo inmediatamente. (Una luz roja que entra por el balcon, ilumina la escena.)

GAB. Papá, mira... Qué miedo!

TUR. Dios mio!

BRIC. (Asomándose al balcon.) Están quemando la garita de un centinela.

RAB. No os asusteis. (Incendiarios miserables, así se mata la libertad.)

BRIC. Mirad, empiezan á hacer barricadas al otro lado de la verja; la lucha vá á empezar.

RAB. (Mirando al reloj y todo descompuesto.) Imposible; si aun no es la hora convenida.

TODOS. Ah! (Un grito de espanto al oir la frase de Rabagás.)

RAB. (A Brícoli.) Bajad á la plaza y hacedles entender que ya no hay necesidad de hacer nada, porque ya tienen el Gobierno que pedían. Qué más pueden querer?

PRINC. Serlo ellos.

RAB. (Dirigiéndose al balcon y dando gritos) Alumbradme para que me vean. (Dos lacayos se ponen en el balcon al lado de Rabagás con candeleros.) Amigos mios... hermanos... (El ruido apaga su voz. Caen en la escena algunas piedras.)

BRIC. Retiráos. (Cerrando el balcon y retirando de él á Rabagás.)

RAB. Qué se puede esperar de esos brutos?

PRINC. Cerrad. (A Brícoli.) Señor de Rabagás, así no podemos permanecer más tiempo; es preciso dar órdenes terminantes para restablecer el órden.

RAB. Teneis razon. Señor coronel, ponéos inmediatamente al frente de vuestro regimiento. Haced delante de las masas las tres intimaciones de ordenanza, y si no se retiran, dadles una carga de caballería á discrecion.

EVA. A ese pobrecito pueblo?

RAB. Ese no es el pueblo, es el populacho. Vos, señor Brícoli, con vuestros gendarmes, salid por la puerta de los jardines, que dá al campo, dirigíos por allí al café Rojo, prended á cuantos encontreis en él y traédmelos atados codo con codo.

BRIC. Y á vuestros amigos?

RAB. A esos los primeros; especialmente á Camerlin, Villaud, Robespierre y á un mamarracho que estará vestido de general.

PRINC. Y la imprenta?

RAB. No me dejeis ni rastro de ella.

PRINC. Qué os parece vuestro Rabagás?

EVA. Lo que todos. (Se oyen las cornetas que hacen la intimacion.)

RAB. La primera intimacion. Así! así!

GAB. Padre mio, me muero de miedo.

PRINC. Tranquilízate.

EVA. No temaís nada, Princesa; tenemos la fiera en casa.

PRINC. Antorchas? (Mirando por el balcon.) Qué llevan en aquella camilla.? Un muerto?

RAB. Un borracho. Esa es una mascarada.

PRINC. Vá á cargar la caballería? Tan pronto?

RAB. Dejadlos! Dejadlos! Que les dén cuatro sablazos, así no volverán á chillar más. Nada hay tan perjudicial á una nacion, como esos forjadores de motines.

PRINC. Y ese hombre es un liberal? (A miss Eva.)

EVA. No señor, es un político.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Salon de Palacio. Puerta al foro. A la izquierda dos puertas. A la derecha, primer término, puerta. En segundo, puerta falsa. Portiers en las primeras puertas de derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA.

RABAGÁS.—BRICOLI.

BRIC. Aquí teneis la lista de las personas que han sido presas por la policía y conducidas á la cárcel.

RAB. Bien. Y los del café Rojo?

BRIC. Abajo teneis encerrados á Camerlin, Villaud y Robespierre.

RAB. Eso es. Y cómo está la villa?

BRIC. Va recobrando su estado normal. Las patrullas recorren únicamente los barrios extremos.

RAB. Y el teniente Masott?

BRIC. Detenido en mi despacho, segun ordenó su alteza.

RAB. En estos momentos la política sentimental puede hacernos muchos daño. Era necesario haber practicado en su habitacion un escrupuloso registro.

BRIC. Se ha hecho.

RAB. Sois un hombre previsor, señor Brícoli.

BRIC. Deseo cumplir con mi deber.

RAB. Y qué habeis encontrado en su casa?

BRIC. El teniente Masott y el señor Conde de San Paolo, sobrino de su alteza, viven juntos, y aprovechando la ausencia del Conde que estaba practicando un reconocimiento en el camino de Meuton, me decidí á registrar la casa; en ella no encontré nada de particular; pero llamó mi atencion que en la chimenea hubiese restos de papeles quemados, y sobre una mesa llena de objetos insignificantes esta carta sin sobre que recogí, creyéndola de utilidad. (Dándole la carta.)

RAB. Está visto. No se puede gobernar sin policía. La letra es de mujer, pero no tiene firma ni direccion.

BRIC. Sin embargo, es un documento de interés á mi entender.

RAB. Le habeis leido?

BRIC. Naturalmente.

RAB. (Leyendo.) «Estoy muy inquieta. Quiero saberlo todo, quiero saber si fuiste tú el que mató á aquel hombre de ayer. Es absolutamente necesario que nos veamos esta noche á la hora de costumbre, y si estás de guardia en Palacio, segun creo, ven antes.» De quién será esta letra?

BRIC. Hay tantas damas en Palacio.

RAB. Lo averiguaremos. Quereis explicarme en qué parte de palacio nos encontramos?

BRIC. En el piso entresuelo. Estas son las habitaciones del Príncipe. (Señalando á la izquierda.) Estas las de la Princesa Gabriela. Aquí está alojada Miss Blunch con las damas de su servicio. Esta del fondo conduce á las de la servidumbre de su alteza y á la escalera principal, y este es un corredor en cuyo fondo hay dos puertas; la de la derecha conduce al zaguanete de guardias, y la de la izquierda, á una puerta reservada que dá á la plaza.

RAB. A la plaza?

BRIC. Cuando su alteza sale de incógnito, lo verifica siempre por esa puerta, de la cual hay tres llaves. Una que tiene su alteza, otra el señor gobernador y otra yo.

RAB. Entonces...

BRIC. La vuestra se la pediré al señor de Sotoboyo; pero si quereis la mia...

RAB. No será malo que me la deis.

BRIC. Tomad. (Le da una llave.) Teneis alguna órden que darme?

RAB. No os pareceria bien, señor Brícoli, ya que hemos tenido la fortuna de dominar ese motin, que lo celebrara el pueblo con alguna iluminacion?

BRIC. Eso se consigue fácilmente: ahora mismo voy á dar la órden para que todos los vecinos iluminen los balcones de sus casas.

RAB. No estaria de más tampoco, que alguna música recorriera las calles, y se dieran algunos vivas á su alteza, á mí... Eh? No os parece?

BRIC. Antes de una hora quedareis complacido.

RAB. Señor Brícoli, yo no olvido nunca los servicios que se me prestan.

BRIC. Gracias.

RAB. Voy á acompañaros hasta la escalera principal, á fin de ir conociendo la casa. (Vanse foro derecha.)

ESCENA II.

MISS EVA.—ANDRÉS, saliendo por el foro izquierda.

EVA. Hasta hace un momento, que lo ha dicho su alteza, no sabia vuestra detencion en el cuarto del señor Brícoli. El príncipe sospecha que vos sois, el que al salir de palacio, derribó á ese Rapiat, pero esto le importa poco; lo que desea averiguar, es si estábais allí rondando la habitacion de la princesa; y si persiste en sus averiguaciones, descubrirá indudablemente las imprudentes entrevistas de la princesa con su primo. Y esto es lo que hay que evitar á toda costa.

AND. Contad conmigo para todo.

EVA. Hé dicho al príncipe que iba á interrogaros, á fin de averiguar la verdad de los hechos. A mí me parece lo mejor sacar partido de su sospecha, y decirle, que realmente érais vos el que estaba en aquel sitio, con el objeto de ver en su balcon

á una dama de palacio de la cual estais enamorado.

AND. El recurso me parece excelente.

EVA. Ahora indicadme el nombre de la que os parezca mejor.

AND. Todas me son indiferentes.

EVA. Os parece que elijamos á la lectora de la princesa, á madamoiselle de Turenne?

AND. Lo gracioso seria que, para castigarme, se le ocurriese á su alteza casarme con ella.

EVA. Silencio, el Príncipe.

ESCENA III.

DICHOS.—EL PRINCIPE.

AND. Señor!

EVA. Aquí tiene su alteza al señor de Masot, que me ha tomado por su intercesora, autorizándome á revelaros el secreto orígen de su falta, que es inocente y disculpable, porque se trata de una cuestion de amores.

PRINC. El señor de Masot comprenderá muy bien, que un oficial que no está de guardia, comete una imprudencia saliendo á las altas horas de la noche por una puerta falsa de palacio.

EVA. Sírvale de disculpa su amor.

PRINC. Espero que será esta la última vez que me deis ocasion de reprenderos. Podeis retiraros.

AND. Gracias, señor!

ESCENA IV.

EL PRÍNCIPE.—MISS EVA.

PRINC. Y quién es la dama?

EVA. Madamoiselle de Turenne.

PRINC. Lo celebro. Mi temor era que mi sobrino Cárlos fuese el autor del atentado contra Rapiat, porque éste le hubiera sorprendido rondando las habitaciones de mi hija.

VA. La Princesa sabe lo que se debe á sí misma, y no es capaz de consentir una imprudencia de ese género.

RINC. Vamos á otra cosa. Qué es de Rabagás?

VA. Continúa trabajando infatigablemente en favor vuestro y en contra de sus amigos.

RINC. A pesar de eso, os confieso que no le puedo soportar.

VA. Sin embargo, le debemos agradecimiento porque ha disipado la tormenta que nos amenazaba, á costa de su popularidad; se ha puesto en ridículo y ha matado á su partido. Qué más podíamos pretender?

RINC. Que se vaya á donde no le veamos más.

VA. Aún no es tiempo, dejémosle concluir su obra. La princesa.

RINC. Y mi simpático Rabagás.

ESCENA V.

DICHOS.—GABRIELA.—RABAGÁS.—EL CORONEL.— DAMAS y CABALLEROS.

AB. Padre mio, adios, hasta mañana, me retiro á descansar, estoy fatigada de las emociones de hoy.

INC. Adios, hija mia.

B. Miss Eva, hasta mañana.

A. Princesa, descansad. (*Las damas entran con la princesa por la segunda puerta izquierda y salen á poco, retirándose por el foro derecha.*)

B. Señor! Desearia que vuestra alteza viera la explendida iluminacion que hay en la ciudad. Qué hermoso es el pueblo! Se le conduce á donde se quiere, con la mayor facilidad. Mala cabeza, pero buen corazon. Ahora ya es mio otra vez.

INC. (*Al coronel sin prestar altencion á las palabras de Rabágas.*) Señor Coronel, me anuncian que los rebeldes pretenden alterar el órden en Meuton en la madrugada de hoy y venir á atacarnos. Yo deseo anticiparmey salirles al encuentro.

COR. No creo que lo intenten, pero si acaso, he mandado dos escuadrones, para que se coloquen en el camino.

PRINC. Muy bien. Voy á descansar un momento. De doce y media á una, esperadme con treinta hombres en la puerta falsa que dá á la Plaza, y comunicad la órden al teniente Masot que me espere aquí para acompañarme.

COR. Está muy bien.

PRINC. Podeis retiraros, señores.

EVA. (Aparte al Príncipe.) (De nuevo os recomiendo, señor, que sufrais por algunas horas á Rabagás, aún nos puede ser útil.)

PRINC. Me violentaré cuanto pueda por complaceros.

EVA. Buenas noches.

PRINC. Adios, mi leal amiga.

ESCENA VI.

PRINCIPE.—RABAGÁS.

PRINC. Teneis algo que comunicarme?

RAB. Deseaba hablar con su alteza de la iluminacion de esta noche, que por lo espontánea debe satisfacerle; de la alegria que reina en Mónaco por haberse restablecido el órden y de las aclamaciones del pueblo á vuestra alteza y á mí como salvador.

PRINC. Salvador? De qué? Hablemos sériamente Os habeis presentado anoche en palacio, ofreciéndoos á sofocar el motin y calmar los ánimos, interponiendo vuestra influencia con el pueblo; yo, por no emplear actos de rigor, os confié el poder, que de nada os ha servido más que para mandar dar tres ó cuatro cargas de caballeria, y prender á unos centenares de hombres.

RAB. Las circunstancias exigian...

PRINC. Desengañáos, ni sois el hombre del pueblo ni el mio.

RAB. Yo represento una transicion.

PRINC. Entre las piedras que os arrojó el pueblo y las cargas de caballería que mandásteis dar?

RAB. Eso quiere decir que su alteza me retira su confianza?

PRINC. Creedme, lo mejor que podeis hacer es marcharos á descansar á vuestra casa y reponeros de las emociones y de las fatigas que el poder os ha ocasionado en estas pocas horas, durante las cuales debeis haber sufrido mucho, viéndoos obligado á combatir tan duramente á vuestros mejores amigos. Mañana hablaremos.

RAB. Quiere vuestra alteza que conserve el poder hasta mañana, ó que desde luego resigne el mando?

PRINC. Cuando se duerme, creed que es lo mismo ser gobernador que no serlo. Buenas noches. (Vase.)

ESCENA VII.

RABAGÁS.

Olvidé que Príncipe es sinónimo de ingrato. Se ha burlado de mí, bien empleado me está. He sido torpe. Tuvo miedo á la tormenta, la disipé; ya de nada le sirvo, y me despide como á un lacayo. Y adónde voy ahora? He perdido mi prestigio por una hora de poder; he vendido mi popularidad por un plato de lentejas... Soy un imbécil. Ah! pero yo no soy de los hombres á quienes se vence fácilmente. He entrado aquí por la fuerza de mi inteligencia, y no saldré sin dejarle una prueba de ella. Yo no abandono el poder así como así. Si se tomaran en cuenta los desaires de los príncipes, nadie seria ministro.

ESCENA VIII.

RABAGÁS.—BRÍCOLI.

BRIC. Señor de Rabagás, ya habreis visto que la iluminacion ha sido expléndida.

RAB. Os estoy muy agradecido.

BRIC. Con vuestro permiso me voy á retirar á descansar: teneis alguna órden que darme? Ah! Supongo estareis enterado de que el teniente Masot está ya en libertad, gracias á la intercesion de miss Eva.

RAB. (Como acometido de una idea.) Ah! Ya tiene firma la carta.

BRIC. La que os entregué?

RAB. Sí, sí. (Aun no me han vencido. Aun hay ideas en mi cerebro.) Señor Brícoli, mandad que de doce y media á una esté una silla de postas delante de la puerta falsa de palacio; encargad al cochero que sea mudo y ciego, que se trata de un asunto de Estado y que obedezca las órdenes que se le den. Al Coronel de guardias, decidle que su alteza tiene que trabajar conmigo y que no forme la escolta hasta las tres de la mañana. Despues que deis estas órdenes, retiraos á descansar, que bien lo necesitareis.

BRIC. Ya lo creo. Voy al momento.

RAB. Ah! Me olvidaba. Antes traedme aquí á los del Café Rojo.

BRIC. Aviso á la guardia?

RAB. No, acompañadlos vos solamente.

BRIC. Y os vais á quedar solo con ellos?

RAB. Por qué no? Acaso no me basto?

BRIC. (Es un gran hombre. Lo reune todo.) Voy por ellos.

ESCENA IX.

RABAGÁS.

Ah! Príncipe! A la puerta del tirano está siempre la traicion. A conspirar de nuevo. Audacia, audacia y audacia. Como Gobernador no me quieres? Seré tu Dictador.

ESCENA X.

RABAGÁS.—BRICOLI.—CAMERLIN.—VILLAUD.—
ROBESPIERRE.

BRIC. Aquí los teneis. Los gendarmes están de retén en el vestíbulo principal, no lo olvideis.

RAB. Gracias por vuestro aviso. Retiráos á descansar. (Pausa larga.)

CAM. Rabagás, no es verdad que hay muchos canallas en el mundo?

RAB. Hay muchos más imbéciles.

VILL. Cuándo vas á ir á la redaccion á dar la señal convenida?

RAB. Cuando tú tengas valor para esperarla en el sitio designado.

ROB. Amigo mio, mandais dar cargas de caballería mejor que un general.

RAB. Si no las hubiérais provocado, no las habríais visto.

CAM. Conque nosotros hemos tenido la culpa de todo?

RAB. Vosotros y solo vosotros. Habeis estado á punto de perder la libertad para siempre, pero aún yo, soy yo. A qué vine yo aquí, sino apoderarme del Gobierno y entregárosle á vosotros?

CAM. Ah!

RAB. Queríais que me pusiera de vuestra parte ostensiblemente, para hacerme sospechoso y que todo se perdiera?

VILL. Por qué no nos avisaste?

CAM. El pueblo creyó...

RAB. El pueblo fué un estúpido que se lanzó á hacer una revolucion, teniendo el poder entre sus manos.

CAM. Le tenias tú.

RAB. Y vosotros. Yo habia conseguido del Príncipe hasta que aceptara una constitucion democrática que garantizase al pueblo sus derechos y nos autorizara á discutir los suyos.

VILL. Pero sin república?

RAB. Qué nos importan á nosotros los nombres. La

república no es más que una palabra, y lo que buscamos nosotros son hechos positivos. Pedimos el progreso; es decir, pedimos que el pueblo triunfe para mandar nosotros. Y siendo nosotros gobierno, qué nos importa la palabra república ó monarquía?

VILL. Y nuestros ideales? Y nuestros principios?

RAB. Dejémonos de principios y busquemos el fin. Ahora nadie nos oye. Nuestro fin debe ser alcanzar la posicion que no tenemos.

CAM. Eso es verdad.

VILL. No dices mal.

RAB. Estamos conformes?

TODOS. Sí.

VILL. Preséntanos al Príncipe.

RAB. Del Príncipe no conseguiremos nada ahora; cree haber vencido á la revolucion y ya no nos tiene miedo.

CAM. Y qué hacemos entónces?

RAB. Obedecerme ciegamente y ejecutar todas mis instrucciones, pero sin variarlas ni en un ápice.

TODOS. Te lo juramos.

RAB. Pues si me ayudais, aún podemos triunfar. Oidme bien. Meuton estaba dispuesto, y lo está, á secundar el movimiento de Mónaco. Para que se eche á la calle el pueblo sólo falta que uno de nosotros vea á aquellos amigos y se ponga á su cabeza.

CAM. Yo me comprometo á ir ahora mismo.

RAB. Corriente. Vas á Meuton, buscas á nuestros correligionarios y les dices que á pesar de cuanto les hayan dicho, el pueblo ha triunfado en Mónaco, que yo soy el amo de palacio, que tengo prisionero al Príncipe, y que en la madrugada de hoy llegaré allí con él.

CAM. Pero eso es verdad?

RAB. Ya lo verás. Lo primero que haces es apoderarte de la casa Ayuntamiento; cogido el Ayuntamiento, ya eres el amo de la villa, porque es la base de todo movimiento popular. Te instalas en el salon de sesiones, y das una proclama á

nombre de la Junta revolucionaria con nuestros nombres al pié.

CAM. Descuida, todo lo haré como me indicas.

RAB. La guarnicion que hay en Meuton es italiana y te dejará hacer cuanto quieras. De dos á tres de la mañana llegaré con el Príncipe.

CAM. Bien!

RAB. El Príncipe quiere salir esta noche de incógnito para ponerse al frente de sus guardias y caer sobre Meuton al rayar el dia. De aquí saldrá de doce y media á una por una puerta que hay en ese corredor que comunica con la falsa que hay en la plaza. Allí vereis una silla de postas; vosotros, acompañados de otros dos amigos de confianza, le esperais á la puerta, y en cuanto pise su dintel os arrojais sobre él, le tapais la boca, le atais bien y á Meuton á galope. No mereceis ser libres, si no lo haceis así.

VILL. Saldrá solo?

RAB. Completamente solo. Una vez en Meuton, le hacemos abdicar y proclamamos la república. Estais conformes?

VILL. Te respondemos del éxito con nuestras vidas.

RAB. Os advierto que quiero ser el dictador.

VILL. Se entiende. (A Robespierre.) (Cuando esté él en el poder le echaremos abajo y formaremos un triunvirato.

ROB. (Eso es.) (Aparte á Camerlin.) (O dos cónsules.)

CAM (Nosotros nos arreglaremos.) Mejor será uno solo. Yo me nombraré á mí mismo en cuanto llegue.)

RAB. Animo y serenidad. Venid por aquí, voy á enseñaros la puerta por donde saldrá el principe. (Pausa. La escena permanece sola un momento.)

ESCENA XI.

RABAGÁS.—A poco MISS EVA.

RAB. Brícoli es una alhaja. Ya está la silla de postas en su sitio; todo saldrá perfectamente. Antes de media hora el Príncipe estará en mi poder.

Necesito averiguar dónde está el oficial de guardia, á fin de alejarle para que no acompañe al Príncipe y haga fracasar mi plan. (Se retira por el fondo un momento.)

EVA. Me ha parecido oir á Rabagás conversando con alguien en estas habitaciones... y ahora le tengo miedo. Ah! No me engañé. (Entra en este momento Rabagás en escena.)

RAB. Aún estais levantada?

EVA. Ya lo veis!

RAB. Es extraño!

EVA. Más lo es que vos esteis en estas habitaciones.

RAB. No he querido marcharme, á pesar de las insinuaciones demasiado claras de su alteza, ni de palacio ni del Gobierno.

EVA. Le habreis entendido mal.

RAB. Miss Eva, puedo contar aún con vuestro apoyo?

EVA. Como siempre.

RAB. Entonces os ruego que os retireis á vuestras habitaciones.

EVA. Qué mal puede haber para vos en que yo permanezca en esta sala?

RAB. Su alteza desea salir esta noche de incógnito.

EVA. Lo sé perfectamente.

RAB. Yo, voy á utilizar ese paseo, para que presencie su alteza una manifestacion que le probará que no soy tan impopular como él se figura.

EVA. Y para realizar vuestro pensamiento, teneis necesidad de que yo me retire de estos sitios?

RAB. Sí señora. Porque si su alteza os vé, tal vez renuncie á salir de Palacio.

EVA. Eso intento conseguir.

RAB. No os comprendo. Si el Príncipe no sale me perjudicará mucho, y á vos os privará del placer de asistir á la cita que habeis dado esta noche...

EVA. Estais laco? Qué me quereis decir? Hablad sin reticencias.

RAB. Que tengo en mi poder una carta escrita por vuestra adorable mano, dirigida...

EVA. A quién?

RAB. A quién ha de ser sino al afortunado teniente

Masot. A ver si os acordais del texto. (Saca la carta que le dió Brícoli.) «Estoy sumamente inquieta. Quiero saberlo todo, quiero saber si fuíste tú el que mató al hombre orígen del motin de ayer.»

EVA. (Ah! Es de la Princesa! Qué imprudencia!)

RAB. «Es absolutamente necesario que nos veamos esta noche...» Ya sé que me vais á decir que esta letra no es vuestra.

EVA. Os equivocais. Esa carta está escrita por mí... no os lo niego. Pero dejadme explicaros...

RAB. Con gran sentimiento mio, ahora no puedo oiros... Nada temais de mí... soy discreto... pero retiráos.

EVA. Dadme esa carta y os obedeceré al momento. No teneis confianza en mí?

RAB. Absolutamente ninguna.

EVA. Tampoco yo en vos, y por eso quiero saber por qué deseais tanto que el Príncipe salga de Palacio.

RAB. Os lo he dicho ya, por satisfacer mi vanidad.

EVA. Señor de Rabagás, me tomais por una niña; me decís el pretexto, pero me ocultais la intencion.

RAB. Qué temeis de mí?

EVA. Alguna traicion.

RAB. Como esa planta no crece más que estos sitios, creeis verla por todas partes.

EVA. No lograreis vuestro deseo.

RAB. Me declarais la guerra?

EVA. Me defiendo de vos, y defiendo al príncipe.

RAB. A fé de Rabagás os juro, que si decís una palabra á su alteza, le doy vuestra carta.

EVA. Sereis capaz de cometer semejante villanía?

RAB. Con la mayor tranquilidad.

EVA. No lo dudo, cuando ya habeis hecho otra mayor, robándola.

RAB. Conquistándola.

EVA. Las cosas se llaman por sus nombres, robándola.

RAB. Miss Eva, sed razonable. Si llegamos á entendernos, y quedamos amigos, servicio por servicio; si no herida por herida. Celebrad vuestra cita y dejadme al Príncipe.

EVA. Jamás. Le preparais una celada, y yo nunca seré cómplice de esa infamia.

RAB. Le preparo solo un acto político.

EVA. Que yo impediré.

RAB. Conque, es decir, que á vos os parece bien que yo sea cómplice de vuestros caprichos, y vos no quereis serlo de los mios? Quereis prevenir al Príncipe en contra mia? Pues ruina por ruina. No quiero salir solo de Palacio, quiero que salgamos los dos.

EVA. Basta, me retiro.

RAB. Ah! no. Tampoco puedo consentir que os separeis de mi lado, al ménos hasta que su alteza salga por esa puerta. (Señalando la falsa.) Los balcones de vuestra habitacion, caen al jardin, y por experiencia sé que escribís cartas.

EVA. Si me deteneis, doy voces y mando que os arrojen á la calle los lacayos de Palacio.

RAB. Llamadlos mientras yo entero al Príncipe de vuestra correspondencia. (Se dirige á la habitacion del Príncipe.)

EVA. (Qué horrible situacion. Si salvo al Príncipe, mato para siempre la reputacion de la Princesa.)

RAB. Oigo ruido. Su alteza se dispone á salir. Decidíos.

EVA. Oh! no realizareis vuestro proyecto. Su alteza no saldrá sin el oficial de guardia, y afortunadamente no está aquí.

RAB. Saldrá solo; os invito á verlo detrás de ese portier.

EVA. Sea. (Antes que el Príncipe llegue á la Plaza tal vez le pueda avisar el peligro que corre.)

RAB. Pronto, ocultaos detrás de esta cortina. Vamos á parecer dos amantes sorprendidos por un marido inoportuno.

EVA. (Infame!)

ESCENA XII.

DICHOS.—EL PRINCIPE.

PRINC. La una menos cuarto. La escolta estará ya esperándome. Me sorprende no hallar aquí a

oficial de mis guardias. Qué significa esta nueva falta del señor de Masot? Tal vez esté en el zaguanete. Saldré por la puerta principal.

RAB. Veis qué tranquilamente se marcha?...

EVA. Sí, sí!

RAB. (Ya ha caido en mí poder.)

EVA. Dadme ahora ese papel.

RAB. Mañana.

EVA. Mañana.

RAB. Mañana tendrá el honor de entregároslo el Dictador de Mónaco. Hasta mañana.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion del acto anterior. Es de madrugada.

ESCENA PRIMERA.

Aparece MISS EVA.—ANDRÉS entra por el foro derecha.

EVA. Andrés! Gracias á Dios que consigo veros.

AND. Estais inquieta, agitada.

EVA. Motivos tengo sobrados. Ese infame Rabagás tiene en su poder una carta de la Princesa, dirigida á su primo Cárlos, dándole una cita en los jardines de palacio. Suponiéndola mia, me amenaza con entregársela al Príncipe, si no me presto á ser cómplice de sus intrigas políticas.

AND. Tranquilizáos, yo recobraré esa carta, cueste lo que cueste.

EVA. No; ante todo, hay que evitar el escándalo. Lo que se necesita es que Cárlos se aleje de la córte inmediatamente bajo cualquier pretesto.

AND. Muchas veces se lo he aconsejado inútilmente.

EVA. Dónde está Cárlos?

AND. Supongo que en Meuton con su escuadron.

EVA. Es necesario que tan pronto como venga le digais que necesito hablarle con urgencia. Veremos si yo le convenzo para que deje este país.

AND. Su alteza.

ESCENA II.

DICHOS.—EL PRÍNCIPE.

PRINC. Aún no os habeis acostado?

EVA. No he querido retirarme á descansar sin saber el desenlace de la asonada de Meuton. El señor Masot y yo estábamos aquí esperando noticias.

PRINC. No se sabe más hasta ahora, sino que los rebeldes se han lanzado á la calle al grito de Viva la república! Y vos, señor de Massot, cómo estais aquí, hallándose vuestro escuadron en el camino de Meuton?

AND. Perdone vuestra alteza, mi escuadron no ha salido de Mónaco, nos han dado contraórden.

PRINC. Pues sólo así me explicaba yo que anoche no estuviérais aquí como mandé para recibir mis órdenes.

AND. Aquí he pasado la noche.

PRINC. Vos sabreis en qué sitio de Palacio, porque no he podido encontraros.

EVA. (Otro contratiempo.)

AND. Señor, no me he separado del zaguanete de guardias más que un momento en que me pareció oir ruido en esa escalera reservada que da á la Plaza, y con efecto, era el de una silla de postas que salia de Palacio.

PRINC. Está bien. (La conducta de este oficial no me inspira confianza.)

ESCENA III.

PRÍNCIPE.—MISS EVA.—EL CORONEL.—ANDRÉS.

COR. Señor!

PRINC. Qué noticia traeis, señor Coronel?

COR. Tengo el gusto de participar á su alteza, que el órden queda completamente restablecido en Meuton.

PRINC. Y los rebeldes que se habian apoderado de la Casa Ayuntamiento?

COR. Han huido á la desbandada. Allí encontré al señor Gobernador general, á quien habian hecho prisionero.

PRINC. A Rabagás?

COR. Sí señor. Atado de piés y manos estaba en un rincon del salon de sesiones.

PRINC. Es posible?

COR. Yo mismo he roto sus ligaduras y he venido acompañándole. Aquí está. El, mejor que yo, informará á su alteza lo ocurrido en Meuton esta noche, testigo ocular de los acontecimientos.

PRINC. Nada, no hay medio de librarse de este hombre. Le mando salir por la puerta y se entra por la ventana.

ESCENA IV.

DICHOS. — RABAGÁS.

RAB. Albricias, señor! Vuestra alteza y yo hemos triunfado en toda la línea.

PRINC. Gracias por el plural.

RAB. Perdóneme vuestra alteza, la libertad que me he tomado, uniendo su nombre al mio, hija de la emocion que esperimento, al participarle que he tenido la inmensa fortuna de poder salvar á vuestra alteza por segunda vez.

PRINC. A mí? Vos?

RAB. Y no sin gran peligro de mi vida.

EVA. (No es posible mayor audacia.)

PRINC. Esplicáos.

RAB. Vuestra alteza debia haber sido víctima de un complot maravillosamente fraguado por sus enemigos, y del cual se libró por una verdadera casualidad. Como vuestra alteza significó el deseo de combatir por sí mismo á los rebeldes de

Meuton, y dió órden al señor Coronel de que le esperara con una escolta de treinta hombres á la puerta falsa de palacio de doce y media á una, yo salí momentos antes de esa hora para cerciorarme por mí mismo de que vuestra alteza no corria riesgo alguno. No bien puse el pié en la calle, cuando se abalanzan sobre mí cuatro hombres, me tapan la boca con un pañuelo para ahogar mis gritos, me atan fuertemente de piés y manos y me empujan al interior de un carruaje, que partió como una flecha. Era evidente que me habian equivocado con vuestra alteza.

EVA. (Infame!)

RAB. Deciais?...

EVA. Nada, nada.

PRINC. Continuad.

RAB. Al cabo de una hora proximamente de soportar aquel suplicio horrible, empezé á oir rumores y voces que á grandes gritos decian: «Aquí está ya.» «Es el Príncipe,» «Es el Príncipe.» El coche se detiene, una horda de gente armada me saca violentamente de él y me conducen á un salon, que reconocí ser el de sesiones del Ayuntamiento de Meuton: una vez allí me quitan el pañuelo que cubria mi rostro, y un grito sale de todas las bocas: Es Rabagás? Matadle! Matadle! Quiero hablar, imposible, no me dejan, y á empujones me arrojan á un rincon. Camerlin, que ya habia formado gobierno y proclamado la república unitaria, les habia prometido entregarles á su alteza; pero al verse chasqueados, empezaron á gritar: Traicion! traicion! En aquel momento se presenta Villaud, seguido de numeroso pueblo armado; prende á Camerlin y proclama la república federal; empiezan á echar discursos, á gritar, á reñir; nadie se entiende y el desórden llega á su último límite. Ya iban á lanzarse los unos contra los otros, cuando de repente se abre el balcon y aparece el general Petroski capitaneando una turba de foragidos, y les anuncia que se ha proclamado dictador y que no habrá más forma de gobierno

en adelante que la que él les indicará oportunamente. En aquel momento se oyen los clarines de los guardias de corps y... sálvese el que pueda! Desaparecen como bandadas de palomas perseguidas por fiero gavilán. Resúmen: he presenciado tres revoluciones, en favor de tres gobiernos diferentes, apoyadas por el pueblo, y ninguna ha podido durar ni siquiera una hora.

PRINC. Cuánto habreis sufrido!

RAB. No os lo podeis imaginar, señor.

PRINC. Y todo eso os ha pasado por haber salido por la puerta falsa de palacio, no es verdad?

RAB. Eso es.

PRINC. Y no encontrásteis en ella, ni á la escolta ni á este caballero oficial?

RAB. No, señor.

PRINC. Señor de Masot, explicadnos, cómo puede ser esto.

AND. Ya he tenido el honor de decir á vuestra alteza que sólo me separé de este salon para ir al zaguanete de guardias, y de allí á la puerta falsa de palacio. Ví realmente salir por ella una silla de postas, pero me figuré que conducia á vuestra alteza ó al señor Briccoli, y por eso no avisé.

PRINC. Encuentro muy poco claro vuestro proceder, y creo que habeis faltado á la confianza que en vos habia puesto, á vuestos juramentos y á vuestro honor, prestándoos á ser cómplice de los miserables que querian apoderarse de mi persona.

EVA. (Dios mio, qué locura!)

AND. Antes que ser traidor, me hubiera arrancado la existencia. Vuestra alteza me acusa injustamente. Jamás por nada ni por nadie mancharé mi honra con una infamia.

PRINC. Eso lo probareis ante un Consejo de guerra que se encargará de aclarar los hechos.

EVA. (Esto es horrible!)

PRINC. Entregad vuestra espada al señor coronel y quitáos esas insignias, ínterin no probeis que sois digno de llevarlas.

EVA. Esto es ya demasiado. Señor, el teniente Masot ni ha tomado parte en ese complot ni ha sido cómplice de sus miserables autores. Los autores yo se los daré á conocer á vuestra alteza, aunque mejor que yo podria hacerlo el señor Rabagás.

RAB. (Ah! quiere perderme.)

EVA: Yo no conocia la conspiracion que se fraguaba contra vuestra alteza, pero la sospechaba, y quise evitar que su alteza saliera anoche de palacio. Es esto cierto, señor de Rabagás? Si sois hombre de honor, contad á su alteza lo que aquí sucedió anoche, y no consintais que un oficial pundonoroso sea acusado de traidor.

RAB. Yo justificaria á este caballero; pero temo que mis palabras os comprometan.

PRINC. (Siempre está el poder rodeado de tinieblas.) Sepamos de una vez la verdad.

EVA. La diré, cueste lo que cueste. El autor del indigno atentado de anoche no es otro que el señor. (Señalando á Rabagás.)

RAB. (A Miss Eva.) (Vuestra revelacion me arruina; pues caigamos juntos.) Señor, esta carta probará á vuestra alteza quién os traiciona y quién juega con vuestros más sagrados sentimientos. (Le da la carta que le entregó Brícoli.)

EVA. Con esa accion, habeis puesto el sello á vuestro cinismo.

RAB. Devuelvo ataque por ataque.

PRINC. (Despues de leer la carta que le da Rabagás.) Dios mio! Yo debo estar soñando. Si es imposible tánta liviandad. (Llamando á la Princesa.) Gabriela! Gabriela! Mis sospechas eran ciertas. Ah! Señor de Masot, mi castigo igualará vuestra osadía. Gabriela!

EVA. (Aparte al Príncipe.) (Calmaos, el señor Masot es inocente; esa carta iba dirigida á vuestro sobrino Cárlos.

ESCENA V.

DICHOS.—LA PRINCESA.

GAB. Qué quereis, padre mio?

PRINC. (Llevándosela á un lado de la escena.) No me dés ese nombre. Mira y muérete de vergüenza.

GAB. Perdonadme, padre mio.

PRINC. Jamás. Señor Coronel, haced venir aquí inmediatamente al señor Conde de San Paolo.

EVA. (Señor, el escándalo no remediará la falta cometida. El Conde es vuestro sobrino. Consentid en ese matrimonio, con el cual labrareis la felicidad de vuestra hija, evitando un gran escándalo.)

PRINC. (Me han engañado infamemente.)

EVA. (Discúlpeles su juventud y su amor.)

ESCENA VI.

DICHOS.—EL CORONEL y CARLOS.

COR. Señor, aquí está el señor Conde, que se ha cubierto de gloria en Meuton al frente de su escuadron.

GAB. Padre mio!

EVA. (Dejaos guiar por vuestro corazon de padre.)

PRINC. Cárlos, te doy gracias por tu comportamiento; y puesto que has sabido defender el órden y la dinastía, te doy en recompensa la mano de mi hija, olvidando tus faltas pasadas.

GAB. Padre de mi alma!

CARL. Señor!

EVA. Bravísimo!

PRINC. (A miss Eva.) (La democracia tambien á mí me ha contagiado.)

EVA. (Esa es la buena.)

PRINC. (Y qué hacemos con este bribon?)

EVA. (Despreciarle, que es lo que merece.)

PRINC. (A Rabagás.) Señor de Rabagás, ya lo veis. Todo ha concluido afortunadamente dentro y fuera de palacio.

RAB. (Aplomo.) Lo veo; y si vuestra alteza diera al olvido algunos otros errores, cometidos de buena fé por hombres que os son verdaderament adictos, podíais estar seguro que la era de la revoluciones se había cerrado para siempre.

EVA. Señor, es muy justa y muy noble su peticion, yo ruego á su alteza que en su nombre me permita dictar un decreto en ese sentido, el seño de Rabagás lo firmará, y con él me despedir de la vida política en que entré por complacer vuestra alteza.

PRINC. Estais autorizada. Escribid, señor de Rabagá

RAB. (Sentándose á la mesa y disponiéndose á escribir Estoy á buestras órdenes.

EVA. (Dictando.) Se concede amnistía general á cua tas personas hayan tomado parte en las ason das de Mónaco y Meuton, escepto á los autor del pretendido secuestro de su alteza el Prin pe de Mónaco, los cuales, una vez habidos, s rán condenados á cadena perpétua.

RAB. Este decreto, señor, me parece demasiado fue te, demasiado cruel, y me cuesta gran violenc firmarle.

PRINC. Siendo vos el Gobernador general, estais oblig do á ello.

RAB. Preferiría, ántes de firmar ese decreto, q vuestra alteza aceptara la dimision de mi carg

EVA. Aceptada? Verdad, señor?

PRINC. Oh! Sí, sí. Pero os advierto, señor de Rabag que si vos, ó cualquiera de vuestros amigos, i tentaran de nuevo turbar el sosiego público, aplicaré á todos, sin consideracion alguna, l procedimientos liberales que me habeis ens ñado.

RAB. Os aseguro que en mí no tendrá ocasion de e plearlos su alteza, porque hoy mismo salgo vuestros Estados y voy á establecerme en país en donde tal vez me aprecien en lo q valgo, porque hay muchos políticos como yo.

PRINC. Pues á dónde pensais ir?

RAB. A España.

FIN.

ZARZUELAS.

Mujers.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde a la Administracion.
»	Agua y cuernos...............	1	D. M. Pina Dominguez, Burgos, Chueca y Valverde......	L. y M.
»	A la cuarta pregunta.........	1	Sres. García Valero y Hernandez.	L. y M.
2	A la sombra de papá....	1	Garcés y Cansino..........	L. y M.
»	A oposicion..................	1	Santamaría y Reig.........	L. y M.
1	Cantar á tiempo..............	1	Alfonso y Hernandez......	L. y 1|2 M.
5 c	Caramelo.....................	1	Búrgos, Chueca y Valverde.	L. y M.
»	Clínica......................	1	Gorriz y Espino..........	L. y M.
1	Cristóforo Colombo, *ópera*....	1	D. Antonio Llanos.............	M.
»	El cajon de sastre...........	1	Sres. Cocat, Santamaría y Reig..	L. y M.
1	El cuarto de Rosalía..........	1	Acevo y Bauzá...........	L. y M.
»	El domingo en el Rastro......	1	Luceño, Chueca y Valverde.	L. y M.
»	El fantasma..................	1	Fernandez Terrer y Cortijo	L. y M.
»	El último tranvía.............	1	Palacio, Romea y Valverde.	M. y 1|2 L.
»	Fiesta torera................	1	D. Angel Rubio................	M.
»	La cancion del beneficio......	1	Sres. Martinez y Cansino.......	L. y M.
»	La Diva......................	1	D. Mariano Pina Dominguez....	L.
»	La esperanza de un noble.....	1	Sres. Barbero y Sevilla.........	M. y 1|2 L.
3	La madeja se enreda.........	1	Lastra y Reig............	L. y M.
	La procesion de microbios....	1	D. Adolfo Llanos...............	L.
	Les estrenes.................	1	J. Such y Sierra..........	M.
	Los matadores................	1	Angel Rubio..............	M.
	Manía per lo italiá...........	1	J. Such y Sierra..........	M.
c	Mazzantini...................	1	Sres. Infante é I. Hernandez....	L. y M.
c	Medidas sanitarias...........	1	Lastra, Ruesga, Prieto, Chueca y Valverde.....	L. y M.
	Mi pesadilla.................	1	D. Isidoro Hernandez..........	M.
	Nuestro prólogo..............	1	Sres. Pina, Burgos y varios mtros.	L. y M.
	Pavo y turron................	1	Luceño y Burgos....	L.
	Pérdida......	1	D. I. Hernandez...............	M.
	Por asalto...................	1	Ramon de Marsal....... ...	L.
	Por la culata................	1	Sres. Cocat y Reig.	L. y M.
	Por lo militar...............	1	D. Pascual Alba...............	L.
	Remifá.......................	1	Sres. Barranco, Chueca y Valverde..................	L. y M.
	Será lo que tase un sastre.....	1	Ibañez Gonzalez y Espino..	L. y M.
	Un ensayo general ó el portal de los belenes.............	1	Barberá, Prieto y Reig....	L. y M.
	De Madrid á los Corrales......	2	D. Angel Rubio................	M.
	El hijo de Dios..............	2	Sres. Diaz Escovar y Santaolaya.	L. y M.
	Novillos en Polvoranca ó las hijas de Paco Ternero......	2	Vega y Barbieri...........	L. y M.
	El guerrillero...............	3	Arrieta, Chapí, Llanos y Brull	2|3 M.
c	El hermano Baltasar..........	3	D. José Estremera.............	L.
c	El milagro de la Virgen.......	3	Sres. Pina y Chapí............	L. y M.
	El príncipe Viana, *ópera*.....	3	Capdepon y Grajal........	L. y M.
	Los fusileros................	3	Pina Dominguez y Barbieri.	L. y M.
c	Si yo fuera rey..............	3	D. Mariano Pina...............	1|2 L.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Antonio de San Martin*, Puerta del Sol; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado*, y de los *Sres. Córdoba y C.ª*, Puerta del Sol; de *D. Saturnino Calleja*, calle de la Paz, y de los *señores Simon y C.ª*, calle de las Infantas.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, PARIS. PORTUGAL: *D. Juan M. Valle*, Praça de D. Pedro, LISBOA y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, PORTO. ITALIA: *Cav. G. Lamperti*, Via Ugo Fóscolo, 5, MILAN.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro sin cuyo requisito no serán servidos.